

NICOLÁS ORTEGA CANTERO

Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid

*Montañismo y valoración del paisaje: la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara (1913-1936)*¹

RESUMEN

Inscrita en el asociacionismo alpino general de su tiempo, la Sociedad Peñalara procuró no limitarse a lo meramente deportivo, prestando siempre gran atención a los aspectos culturales. Este artículo considera su papel como receptora y difusora del paisajismo geográfico moderno, incluyendo sus componentes patrimoniales e identitarios, a través de sus actividades culturales y deportivas. De todo ello queda testimonio en su revista y en algunas publicaciones de sus socios más representativos.

RÉSUMÉ

Alpinisme et appréciation du paysage: la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara (1913-1936).- Inscrite dans l'associationnisme alpin général de son temps, la Société Peñalara a procuré ne limiter ses efforts au simplement sportif, en prêtant toujours une grande attention aux aspects culturels. Cet article considère son rôle récepteur et divulgateur de la pensée géographique moderne du paysage, avec ses composants patrimoniaux et identitaires, à travers les activités culturelles et sportives dont on a fait témoin dans sa revue et dans quelques publications de ses partenaires plus représentatifs.

ABSTRACT

Mountaineering and appreciation of the landscape: the Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara (1913-1936).- Immersed in the general scene of alpine associations of its time, yet trying not to restrict to mere sporting, the Society Peñalara paid a great deal of attention to the cultural aspects. This article aims to judge the role played by the Society Peñalara as receiving and diffusing the modern geographical vision of landscape, with its regards on heritage and identity, through its cultural and sporting activities, taking into account its magazine and some publications of its most representative partners.

PALABRAS CLAVE/MOTS CLÉ/KEYWORDS

Alpinismo, paisaje, geografía moderna, Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara.
Alpinisme, paysage, géographie moderne, Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara.
Mountaineering, landscape, modern geography, Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara.

El asociacionismo alpino llegó a España cincuenta años después de sus comienzos en Londres. A principios del siglo xx, se fundó el Club Alpino Español, y poco después apareció la Sociedad Española de Alpinismo Peñalara. Ambas agrupaciones siguieron en lo fundamental las pautas de los clubes y sociedades foráneos similares, y la segunda, la Sociedad Peñalara, ofre-

ció además algunas particularidades notables en lo que se refiere a su voluntaria y dilatada inclinación cultural, superadora de lo meramente deportivo, que entrañó, entre otras cosas, la incorporación y el desarrollo del horizonte paisajístico de la geografía moderna. En los ensayos y relatos incluidos en su revista, en sus exposiciones y en las conferencias que organizó es fácil constatar un sostenido interés cultural y, en relación con él, una decidida atención al paisaje, inscribiéndose conscientemente en la tradición paisajística española iniciada algunos años antes por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza.

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto de investigación CSO2012-38425, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

La finalidad de este artículo es considerar el papel desempeñado por la Sociedad Peñalara en esa dirección, es decir, su labor como receptora y divulgadora de una visión moderna del paisaje enraizada en la geografía moderna y promovida principalmente en España por el círculo gineriano e institucionista. El nuevo modo de entender el paisaje suscrito por el pensamiento geográfico español moderno, con sus componentes patrimoniales e identitarios, influyó en diversos ámbitos intelectuales, científicos, artísticos y deportivos, que contribuyeron a su vez a propagarlo a través de sus correspondientes actividades. En este sentido, la Sociedad Peñalara constituye un caso verdaderamente singular, en la medida en que adoptó con consciente fidelidad los puntos de vista de ese paisajismo de cuño geográfico (y de ascendiente gineriano e institucionista) y mostró un decidido empeño en ponerlos en práctica en sus actividades montañosas. Esto es lo que intentaremos exponer a continuación, y, para ello, comenzaremos por esbozar, a modo de introducción al asunto, una imagen general del significado de los clubes y sociedades de alpinismo, para pasar después a la consideración más detenida, sin perder de vista la dimensión paisajística mencionada, de las características, las ideas y las realizaciones de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara.

I. EL ALPINISMO Y SU INTERÉS POR LA MONTAÑA

El 22 de diciembre de 1857, en el Ashley's Hotel de Londres, once montañeros británicos fundaron el Alpine Club. Fue el primero en su género, y tras él, a lo largo de los años siguientes del siglo XIX y los primeros del XX, aparecieron sucesivamente otras agrupaciones del mismo tipo en diferentes países europeos, americanos y asiáticos. En los años sesenta, se crearon los clubes alpinos de Austria, Suiza, Italia y Alemania, y poco después, en 1874, el de Francia. También data de esa década, en Estados Unidos, el Appalachian Mountain Club, fundado en Boston en 1876, al que siguieron después el Sierra Club, de San Francisco, fundado por John Muir en 1892, y el American Alpine Club, que comenzó su actividad en 1903. Dos años más tarde, en 1905, apareció el Club Alpino de Japón, y no mucho después, en 1908 y 1913, se configuraron en España los grupos iniciales del Club Alpino Español y de la Sociedad Española de Alpinismo Peñalara.

Se fue así extendiendo gradualmente la práctica del montañismo, institucionalmente apoyada en los clubes y las sociedades de alpinismo que se fueron creando, y

esa práctica era, a su manera, un claro exponente de la también gradual extensión del interés por la montaña. Un interés directamente asociado a la visión moderna de la naturaleza (y del paisaje) que comenzó a dejarse notar en la segunda mitad del siglo XVIII y se desarrolló plenamente a lo largo del siglo siguiente. Con el impulso inicial del romanticismo, se renovó notablemente la concepción de la naturaleza y se renovó también la manera de acercarse a ella y de adentrarse (física e intelectualmente) en la montaña, su manifestación de mayor enjundia. Rousseau, Saussure y quienes los siguieron de cerca hicieron de los Alpes un verdadero canon natural, la más acabada expresión del orden de la naturaleza. Y ese canon de la montaña dio nombre (alpinismo) a la práctica montañera.

Ascender a las cumbres montañosas era la mejor manera de aproximarse al orden natural, de entenderlo en términos estéticos y en términos científicos. En la cima del Mont Blanc encontró Saussure (1779-1796, t. IV, p. 147) no sólo un «gran espectáculo», que le produjo «una viva satisfacción», sino también, a la vez, la posibilidad de captar las relaciones, las conexiones y la estructura del conjunto montañoso que tenía delante, y de comprobar, en consecuencia, que «una sola mirada resolvía dudas que no habían podido ser aclaradas con años de trabajo». La ascensión a la cumbre de la montaña adquiere así un gran valor: sólo desde ella se llega a entender plenamente la organización y las cualidades de la naturaleza. Pero la montaña no sólo permite entender cabalmente esa organización y esas cualidades, no sólo es una atalaya desde la que se ve mejor lo que se tiene delante, sino que es además, en sí misma, la más elevada expresión de los valores atribuibles a la naturaleza.

La ascensión a la montaña es, por tanto, no sólo la forma de lograr un punto de vista privilegiado para entender la naturaleza, sino también el modo de acceder a su mundo de valores y de participar personalmente de ellos. No es sólo una experiencia estética y científica; es también, a la vez, una experiencia vital, una experiencia que se abre a la vivencia personal de los valores y cualidades del orden natural. La ascensión supone al tiempo visión y vivencia, y en esa doble condición reside el fundamento del altísimo valor adquirido por la montaña en el horizonte de la modernidad². Esa manera moderna de entender la montaña, con todas las cualidades y posibi-

² Me he referido con más detenimiento a las claves de la valoración moderna de la montaña, y al significado adquirido por la ascensión a sus cumbres, en Ortega Cantero (2012, pp. 98-103).

lidades de variada índole que se le atribuyen, es inseparable del surgimiento y desarrollo del montañismo que se produce, organizado en clubes y sociedades alpinas, desde mediados del siglo XIX.

Porque el interés por la montaña que cimenta los clubes y sociedades de alpinismo remite de manera más o menos explícita a esa renovada manera de verla y valorarla. Remite, en suma, al horizonte de ideas y actitudes modernas respecto de la naturaleza que, modificando sustancialmente el panorama anterior, se fue abriendo camino, de la mano del romanticismo, desde el siglo XVIII. No es fácil entender la razón de ser de esos clubes y sociedades sin tener en cuenta su conexión con ese horizonte. La renovada visión de la naturaleza y de la montaña fue uno de los frutos de la modernidad inaugurada por el romanticismo, y lo mismo puede decirse de la concepción y la práctica del montañismo promovidas por los clubes y sociedades de alpinismo. Expresiones significativas de esa modernidad, de esa renovada manera de entender las cosas, las concepciones de la montaña y del montañismo se hallan directamente conectadas, de manera que ambas se necesitan y complementan. Entender la montaña en términos modernos requiere acercarse a ella, y ese acercamiento responde precisamente, en términos igualmente modernos, a las expectativas de todo tipo, físicas e intelectuales, que aquella forma de entenderla entraña.

Las agrupaciones alpinistas tenían, desde luego, una finalidad física, deportiva, pero ésa no era, al fundarse, la única de sus finalidades. Todas ellas manifiestan, en sus comienzos, una doble intención: deportiva e intelectual. De un lado estaba lo que la ascensión a la montaña tenía de actividad física, de práctica deportiva y aun de experiencia aventurera; pero, junto a ello, estaba también el interés cultural y científico, la curiosidad investigadora, el deseo de mejorar el conocimiento de la montaña, de sus componentes naturales y humanos, y de colaborar además a su adecuada conservación y protección. Aunque es verdad, como ha señalado Jordi Martí Henneberg (1994, pp. 60-64 y 80-82)³, que en general se fueron in-

clinando cada vez más, con el paso del tiempo, hacia la vertiente deportiva, distanciándose de la otra, no hay que olvidar que los clubes y sociedades alpinas se fundaron, en general, con la doble pretensión inicial de hermanar lo deportivo y lo intelectual. Lograr un mejor conocimiento de la montaña aparece siempre entre los objetivos declarados por los fundadores de esas agrupaciones.

Ambos fines, el deportivo y el intelectual, se inscribían en el horizonte de la valoración moderna de la montaña. Recorrer la montaña y ascender a sus cimas era, por un lado, una experiencia intelectual que respondía a la necesidad de ver la naturaleza, de ponerse en contacto directo con ella, para conocerla. Porque, como recordaron en 1886 los fundadores de la Sociedad para el Estudio del Guadarrama (1886, p. 367), había que «estudiar la naturaleza en medio de ella», y ello hacía del alpinismo un instrumento fundamental para estudiar la naturaleza de las montañas. Y, por otro lado, recorrer la montaña y ascender a sus cimas era también una experiencia deportiva, una aventura que ponía en juego, junto a la dimensión física, un amplio conjunto de resortes que se adentran en el terreno del sentimiento y la imaginación.

La conexión humana con la montaña es, como han advertido Denis Cosgrove y Veronica della Dora (2008, pp. 4-5), «un doble diálogo físico e imaginativo», en el que se movilizan con intensidad sentimientos que van de la admiración a la ansiedad. Quienes se adentraron a lo largo del siglo XIX en ella y ascendieron a sus cumbres, percibieron la montaña como un lugar de desafío («desafío muscular y masculino», precisan Cosgrove y Della Dora), de aventura competitiva, y también como el lugar de intensas experiencias espirituales. El paisaje de la montaña, con sus formas irregulares y sus violentos contrastes de alturas y profundidades, con sus laderas y cornisas escarpadas y sus condiciones térmicas extremas, alimentaba experiencias estéticas particularmente vehementes. Ese paisaje era, en suma, una consumada expresión de lo sublime. Y el lenguaje de lo sublime apareció con frecuencia en los relatos de los que, ascendiendo a sus cumbres, habían vivido la experiencia de la montaña.

Hay diversos testimonios de alpinistas que corroboran ese tipo de relación con la montaña. Uno de sus exponentes más destacados, Edward Whymper, habló de ello en su libro titulado *Scrambles amongst the Alps in the years 1860-69*, publicado en Londres en 1871. Después de detallar sus escaladas alpinas durante esos años y sus sucesivos intentos de escalar el Cervino, con el éxito final de julio de 1865, Whymper comenta lo que para él significa el alpinismo, la ascensión a las cumbres de la montaña. No quiere, advierte, ni convertirse en abogado

³ En el Alpine Club inglés, por ejemplo, se produjo pronto una cierta tensión entre quienes pretendían insistir en la dedicación científica y quienes veían sólo en el alpinismo deporte y aventura, tensión que se hizo patente en 1861, cuando Leslie Stephen, cofundador del Club y futuro presidente del mismo, criticó a los socios, ya entonces minoritarios, empeñados en mantener y desarrollar la vertiente investigadora. «Los ingleses eran conscientes [escribe Martí Henneberg] de que la idiosincrasia del alpinismo consistía precisamente en su carácter aventurero y no utilitario y, por tanto, no querían ser absorbidos por los intereses de las potentes instituciones científicas del país». En otros casos, como los clubes alpinos de Suiza y Francia, la atención investigadora se mantuvo durante más tiempo, aunque también terminó por ceder frente al creciente empuje del enfoque deportivo y aventurero. Véase Martí Henneberg, 1994, pp. 63-64 y 81-82.

o apologista del montañismo, ni usurpar el papel de moralista, pero sí quiere señalar algunas de las «lecciones más serias» del montañero.

Nos enorgullecemos de la regeneración física que resulta de nuestros esfuerzos; nos exaltamos ante la grandeza de las escenas que aparecen ante nuestros ojos, los esplendores de la salida y de la puesta del sol, y las bellezas de la montaña, del valle, del lago, del bosque y de la cascada; pero valoramos muchísimo más el desarrollo de la virilidad, y el progreso, en el combate contra las dificultades, de las mejores cualidades de la naturaleza humana —valor, paciencia, resistencia y fortaleza. (Whymper, 1871, pp. 406-407)⁴

Con su trasfondo intelectual y deportivo, el alpinismo se fraguó en el horizonte social de las burguesías de los respectivos países. Fue, como señaló el historiador Paul Veyne (1979), «una invención de la burguesía», y esa invención estuvo muy directamente relacionada con las expectativas sociales, políticas e ideológicas de sus protagonistas. El alpinismo francés, por ejemplo, se ha podido entender como un modo de «afirmación de la burguesía cultivada» (Hoibian y otros, 2008). Y el alpinismo victoriano inglés se ha visto como la construcción por parte de la burguesía de una fuerte masculinidad capaz de defender su sentido imaginado del poder imperial británico. Con la adopción del lenguaje de aventura de los exploradores contemporáneos de África y del Ártico, la ascensión a las cumbres alpinas se transformaba en una representación de la masculinidad británica y de la conquista imperial (Hansen, 1995, pp. 303-304). Sea como fuere, el hecho es que el alpinismo constituyó una iniciativa burguesa (en la que participaron también, desde luego, representantes de otros grupos sociales), y que es en ese horizonte social en el que hay que situar sus modos de organización, sus planteamientos y sus prácticas.

Los miembros de los clubes y sociedades alpinas formaron núcleos sociales con una cierta cohesión interna, con ideas y aficiones en buena medida compartidas, con percepciones y actitudes similares respecto de la montaña y de la manera de acercarse a ella. Tales núcleos tuvieron, por tanto, formas de ver y pensar (y de verse y pensarse como grupo) hasta cierto punto propias, que contribuyeron directamente a su caracte-

rización intelectual y cultural. No es exagerado hablar, como lo ha hecho Dominique Lejeune (1976 y 1988), de «psicología colectiva» o de «mentalidad colectiva» de esos clubes y sociedades alpinas. Los miembros de esas agrupaciones solían tener, en efecto, una mentalidad característica, que se expresaba, por ejemplo, en sus modos de entender la naturaleza y la relación con ella, en sus orientaciones ideológicas y políticas, o en su interés por las manifestaciones científicas y artísticas (literarias, pictóricas, fotográficas) conectadas con su dedicación montañera.

Todo ello conformaba una mentalidad colectiva, un modo común de pensar y de actuar, que se expresó con meridiana claridad en sus diversas actividades y, sobre todo, en sus publicaciones. Las revistas y los anuarios publicados por los clubes y sociedades alpinas constituyen, en este sentido, la fuente más valiosa y sistemática para conocer las claves y las dimensiones de esas mentalidades colectivas. El mismo Lejeune (1988) ha ofrecido un buen ejemplo del valor de estas fuentes en su detallado estudio de la mentalidad de los alpinistas franceses entre 1875 y 1919, apoyado principalmente en la consulta de los Anuarios del Club Alpin Français (1874) y de la Société des Touristes du Dauphiné (1875) y del boletín del primero. Y algo parecido cabe decir de las investigaciones de Olivier Hoibian (2000), también sobre el caso francés, aunque referidas a un periodo más largo (1870-1950), dedicadas a delimitar las claves culturales del alpinismo.

La mentalidad colectiva de las agrupaciones de alpinismo comprendía, como acabamos de apuntar, una manera de entender y relacionarse con la naturaleza y la montaña, y comprendía además otro aspecto estrechamente relacionado con el anterior y que aquí nos interesa especialmente tener en cuenta: un modo de percibir y valorar el paisaje. Estos aspectos, referidos a la naturaleza, la montaña y el paisaje, conforman una vertiente de la mentalidad colectiva del alpinismo que remite a la modernidad cultural y, dentro de ella, en no pequeña medida, a la modernidad geográfica. En muchas de sus ideas y actitudes sobre la montaña, la naturaleza y el paisaje, el alpinismo mostró un cierto trasfondo geográfico. Fue la dimensión geográfica de la mentalidad alpinista. La geografía moderna participó activamente en la configuración de la visión moderna de la naturaleza y el paisaje, incluyendo, claro está, la naturaleza y el paisaje de la montaña, y sus puntos de vista arraigaron e influyeron de forma notable en la cultura moderna de la naturaleza y el paisaje. De ahí su presencia en la mentalidad de quienes, a través del alpinismo, hicieron del acercamiento intelec-

⁴ Esta obra de Edward Whymper se ha traducido parcialmente al español, incluyendo solo los capítulos relacionados con las ascensiones al Cervino, y modificando, en consecuencia, su título: *La escalada del Cervino*. Traducción de J. G. de Luaces, Juventud, Barcelona, 1947, y *La conquista del Cervino*. Prólogo de Eduardo Martínez de Pisón, traducción de Ignacio Salido Amoroso, Desnivel, Madrid, 2002.

tual y deportivo a la montaña, a la naturaleza y al paisaje de montaña, el centro de su dedicación.

Los miembros de los clubes y sociedades de alpinismo compartieron ideas y actitudes sobre la naturaleza y la montaña, y compartieron también ideas y actitudes sobre el paisaje, que se entendía como la expresión visible del orden natural. De modo que esas agrupaciones, cuya actividad se desarrollaba casi por completo al aire libre, en la naturaleza y en el paisaje, adoptaron pronto y aplicaron regularmente los puntos de vista paisajísticos promovidos por la geografía moderna. El paisaje era, para los geógrafos modernos, desde tiempos de Humboldt, la puerta que facilitaba el acceso visual al conocimiento del orden natural, y constituía, en consecuencia, uno de los aspectos medulares de toda su investigación. Para entenderlo cabalmente, había que explicarlo y comprenderlo, era necesario ejercitar la razón y el sentimiento, poner en juego la mirada científica y la artística. El alpinismo, tan directamente conectado con el paisaje, con las formas visibles del orden natural, se hizo eco de los nuevos modos geográficos de pensarlo y sentirlo, y así se convirtió en un factor importante de proyección y divulgación del horizonte paisajístico de la geografía moderna.

El panorama general de los clubes y sociedades de alpinismo trazado en los párrafos anteriores es, claro está, aplicable en términos generales al caso de España. Las agrupaciones alpinistas españolas respondieron principalmente, sin negar sus particularidades, a los criterios organizativos y funcionales de las foráneas, y en ese marco más amplio deben entenderse sus planteamientos y sus realizaciones. Teniendo en cuenta esa adscripción, vamos a considerar seguidamente con algún detenimiento, y prestando especial atención a la vertiente paisajística mencionada, la caracterización de una agrupación española: la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara. Sin perder de vista la finalidad principal de este escrito (considerar la dimensión paisajística, y geográfica, de sus ideas y actividades, y en especial su modo de valorar el paisaje), expondremos a continuación las características y los principios fundamentales de esa Sociedad, la intención marcadamente cultural que algunos de sus miembros más representativos procuraron dar a sus actuaciones, y su modo de entender la naturaleza y el paisaje a través de su actividad montañera, atendiendo principalmente a los testimonios incluidos en su revista *Peñalara* y en algunas publicaciones de sus socios más representativos. Todo ello nos permitirá entender el papel desempeñado por esta Sociedad alpina en la incorporación y proyección en España del paisajismo geográfico moderno.

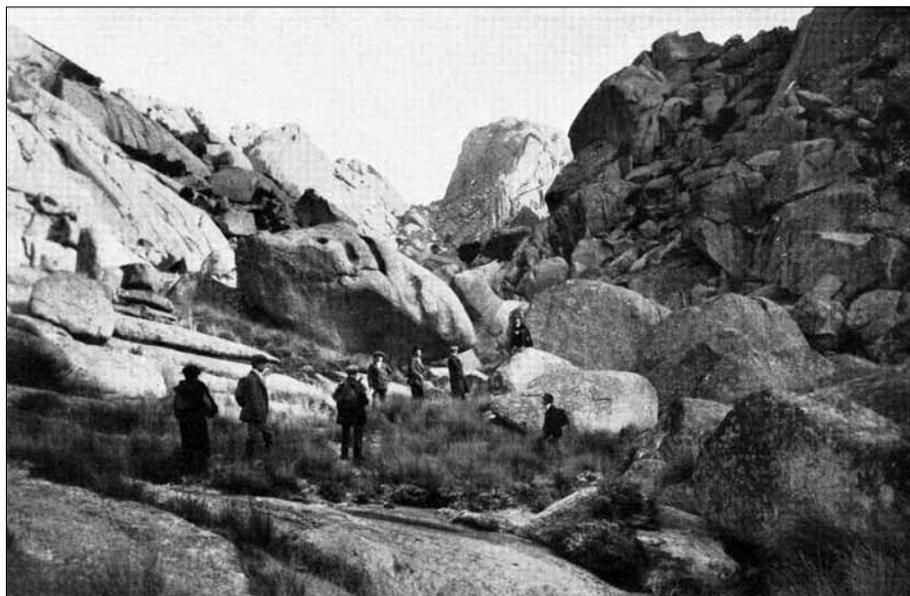
II. DE LOS DOCE AMIGOS A LA REAL SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ALPINISMO PEÑALARA

El 16 de octubre de 1913, se constituyó en Madrid, en el Instituto de Reformas Sociales, presidido entonces por Gumersindo de Azcárate, la Sociedad «Peñalara. Los Doce Amigos». Fue el núcleo inicial, reducido y limitado, de lo que sería después la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara. El principal impulsor de la iniciativa fue Constancio Bernaldo de Quirós, abogado criminalista, que trabajaba entonces como auxiliar del Instituto de Reformas Sociales y fue el primer presidente de la Sociedad. A él se unieron Joaquín Aguilera y Alonso, entonces estudiante de derecho, que se ocupó de la secretaría, el astrónomo Victoriano Fernández Ascarza, que llegó a dirigir el Observatorio Astronómico de Madrid, a quien se nombró tesorero, el suizo Alejandro Canetti y Ángel Castellanos, profesores ambos, el tipógrafo José Fernández Zabala, Ramón González, oficial de la Administración Civil, Juan Almela Meliá y Alberto de Segovia, auxiliares, como Bernaldo de Quirós, del Instituto de Reformas Sociales, el poeta Enrique de Mesa, entonces secretario del Museo de Arte Moderno, José Tinoco y Acero, auxiliar del Observatorio Astronómico y muy notable fotógrafo, y finalmente, el escritor Enrique de la Vega, empleado en aquel momento como auxiliar en la secretaría de la Universidad de Madrid⁵.

En los dos años que se mantuvo el carácter limitado de la sociedad, hasta octubre de 1915, algunos de los socios fundadores dejaron por diversas razones de serlo y fueron sustituidos. Casi todos los que salieron del grupo inicial fueron nombrados socios honorarios. Salvo en el caso de Alejandro Canetti, que cesó en marzo de 1914 y fue sustituido por el ingeniero industrial suizo Alberto Oetli Froelich, así sucedió con los demás: Ángel Castellanos, sustituido en febrero de 1914 por José Manuel Kindelán, también ingeniero industrial, quien fue a su vez sustituido después, en noviembre de ese mismo año, por Antonio Victory; Victoriano Fernández Ascarza y Ramón González, sustituidos en abril de 1915 por Joaquín García Bellido y Manuel Gil Mateos; y, por último, Juan Almela Meliá y Enrique de la Vega, sustituidos en diciembre de 1914 por el médico Juan Manuel Madinaveitia y el abogado Eduardo Trigo. En diciembre de 1914, cuando se produjeron las últimas sustituciones, habían dejado de

⁵ Con motivo de los setenta y cinco y de los cien años de su fundación, se han publicado dos obras conmemorativas que contienen variada información sobre la historia y las actividades de la Sociedad: Enríquez de Salamanca (dir.), 1988, y Martínez de Pisón (coord.), 2013.

FIG. 1. Las Hoces Cimeras y la Peña del Yelmo, en la Pedriza de Manzanares. Fotografía de Eduardo Hernández-Pacheco. El conjunto granítico de la Pedriza de Manzanares, uno de los lugares más valiosos y atractivos de la sierra de Guadarrama, ocupó un lugar muy destacado en las actividades deportivas y culturales de la Sociedad Peñalara, que encontró allí unas condiciones especialmente adecuadas para la práctica excursionista y montañera, y también unas formas geológicas de notable interés científico y estético, que estuvieron muy presentes en sus exposiciones anuales de fotografía de montaña. (En Eduardo Hernández-Pacheco, dir.: *Guía de los sitios naturales de interés nacional. 1. Sierra de Guadarrama*. Madrid, 1931.)



ser socios seis de los iniciales, pasando cinco de ellos a la situación de socios honorarios, de modo que había en ese momento diecisiete socios fundadores: los seis que habían permanecido desde el principio (Aguilera, Bernaldo de Quirós, Fernández Zabala, Mesa, Segovia y Tinoco), los cinco del comienzo que luego dejaron su puesto y pasaron a ser socios honorarios (Castellanos, Fernández Ascarza, González, Meliá y Vega), y los seis que quedaron en los lugares de los que salieron (García Bellido, Gil Mateos, Oettli, Madinaveitia, Trigo y Victory). Poco después, en febrero de 1915, falleció Enrique de la Vega, y antes del cambio de carácter de la Sociedad, en octubre de 1915, se añadió a la relación de los socios fundadores Ricardo Ruiz Ferry, con lo que volvieron a ser diecisiete⁶.

En el momento de su constitución, se aprobaron los primeros estatutos de la Sociedad Peñalara (véase Estatutos, 1913, p. 1). Eran unos estatutos breves y sencillos (de «discretos estatutos» habló Azcárate)⁷, con doce artículos que definían el carácter y los fines de la iniciativa.

⁶ La revista *Peñalara* fue dando cuenta en su momento de los sucesivos cambios que se produjeron en la composición de los socios fundadores (incluyendo los llamados «de número», es decir, los doce titulares de la sociedad, y los «honorarios»). Por otra parte, Tomás Arribas Martínez ha facilitado, en dos números sucesivos de la revista, informaciones interesantes sobre todos ellos: véase Arribas Martínez (2013a y 2013b).

⁷ Así los consideró en su carta de respuesta a la que le habían enviado los fundadores de la Sociedad pidiéndole autorización para reunirse en el Instituto de Reformas Sociales, recogida en el primer número de la revista *Peñalara*. El Instituto, ubicado en el número 2 de la calle de Pontejos, fue la sede de la nueva Sociedad hasta octubre de 1915, mientras ésta mantuvo su carácter limitado.

El objeto de Peñalara era no sólo «estrechar la amistad más cordial entre sus miembros», sino también «conocer en todos sus aspectos el sistema orográfico central de la Península, a la vez que ayudar al desenvolvimiento moral y material de los habitantes de aquella cordillera». Se proponía, por tanto, una actividad montañera presidida por la intención intelectual y social. Del mismo modo que los fines intelectuales estuvieron presentes, como vimos antes, en las intenciones fundacionales de los clubes y sociedades de alpinismo de otros países, la Sociedad Peñalara incluye entre sus objetivos la mejora del conocimiento de la Cordillera Central, y a ello añade la pretensión social de colaborar a la mejora de las condiciones morales y materiales de sus habitantes.

Esta perspectiva, tan sucintamente enunciada, expresa ya la que será, como veremos, una de las claves fundamentales de la Sociedad: su «identidad cultural» (Martínez de Pisón, 1999), su expreso y sostenido deseo de no limitarse a lo estrictamente deportivo, de considerar la mejora del conocimiento (científico y artístico) como una dimensión insoslayable de la actividad montañera, sin la que la Sociedad perdería su verdadera razón de ser. A los doce miembros de la nueva Sociedad se les exigía en los estatutos tener «reconocida devoción a la montaña», residir en Madrid y haber llegado una vez al menos a la cumbre de Peñalara. Junto a sus doce «socios de número», otras personas interesadas en la Sociedad podrían colaborar con ella «enviando notas, o de cualquier otro modo», y formar parte de una «lista de aspirantes» para cubrir las vacantes que se produjeran entre

aquéllos. Era el grupo de los llamados «socios cooperadores», para los que se fijó un donativo trimestral mínimo de una peseta (a diferencia de los doce de número, que, de acuerdo con los estatutos, no tenían cuota periódica fija y pagaban de forma alcuota los gastos ocasionados), con derecho a recibir gratuitamente el Boletín mensual de la Sociedad, a asistir a sus sesiones y a disfrutar de los mismos beneficios que los socios (*Peñalara*, 2, noviembre de 1913, p. 15)⁸. Y de acuerdo con la finalidad de mejorar el conocimiento de la cordillera Central señalada en su artículo segundo, se decía también en los estatutos que los trabajos que se llevasen a cabo en el marco de la Sociedad se harían públicos «en artículos, folletos, libros, conferencias, veladas, cursos, etc.».

En la junta general del 21 de octubre de 1915, la Sociedad abandonó su carácter limitado, «para mayor expansión de sus propósitos y actividades» (*Peñalara*, 23, noviembre de 1915, p. 172), y abrió sus puertas a todos los que quisiesen pertenecer a ella, adoptando así el modelo «abierto» de asociación seguido, entre otros, por el Club Alpino Francés, a diferencia del mucho más restringido y «cerrado» del Alpine Club (véase Lejeune, 1988, pp. 121-124). También entonces se sustituyó la denominación anterior (*Peñalara. Los Doce Amigos*) por la de Agrupación de Alpinistas Peñalara, que fue modificándose sucesivamente, convirtiéndose primero, en 1917, en Sociedad de Alpinismo Peñalara, y después, en 1927, tras la concesión en 1921 del título de Real por Alfonso XIII, que había aceptado en diciembre de 1915 la presidencia de honor de la Agrupación y había apoyado personalmente sus actividades en diversas ocasiones⁹, en

Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, que se mantuvo hasta la etapa de la Segunda República, cuando se suprimió el Real, y se recuperó después.

La transformación de Peñalara se acompañó de la modificación de sus estatutos (véase Nuevos Estatutos, 1915, pp. 174-177). Se aumentó el número de sus artículos y se amplió sensiblemente su contenido, y se introdujeron los criterios que habrían de regir la aceptación de nuevos socios. Se consideró «fundadores» a los doce socios de número y a los socios honorarios de la anterior forma limitada de la Sociedad, y se estipuló que podrían ser socios de número todas las personas que lo solicitasen a la junta directiva a través de dos asociados, siendo uno de ellos fundador, y fuesen aceptados por mayoría de votos¹⁰. La conversión de Peñalara en sociedad abierta se tradujo, claro está, en el aumento de sus socios de número. De acuerdo con los datos publicados en ese sentido por su revista, dos años después de esa transformación, a finales de 1917, la inscripción de socios había llegado al número 682. Diez años más tarde, en diciembre de 1927, se alcanzó el número 3.587, y en noviembre de 1935, se elevó a 7.878. Aunque estos datos no contabilizan las bajas en el número de socios, permiten hacerse una idea bastante aproximada del notable crecimiento experimentado, desde la apertura de la Sociedad, por el número de sus asociados¹¹. Casi ocho mil personas se habían inscrito en la Sociedad Peñalara en veinte años, desde el momento de su transformación hasta finales de 1935, con un ritmo regularmente ascendente y con algunos años (1917, 1921, 1928-1929, 1934-1935) en los que las afiliaciones aumentaron especialmente. Junto a otros factores de variada índole, algunos aspectos de la evolución de la Sociedad (y de los servicios que ofrecía a sus socios) tuvieron que ver con los ritmos más altos de crecimiento de las inscripciones. Es lo que sucedió con

⁸ Los datos de las referencias de las notas e informaciones sin firma de la revista *Peñalara* se incluyen en el propio texto, entre paréntesis, sin remitir a la bibliografía final, indicando el número, la fecha y la página correspondientes.

⁹ El rey Alfonso XIII y la familia real apoyaron en todo momento la labor de Peñalara. La revista de la Sociedad dio cuenta de los diversos actos deportivos y culturales que contaron con su presencia y su colaboración. Y en agosto de 1921, a propósito de la concesión del título de Real, se incluyó en ella un comentario bastante elocuente: «En la todavía corta vida de nuestra Agrupación, el Monarca, conocedor de nuestros trabajos y de nuestra historia, ha distinguido a Peñalara en diferentes ocasiones, siendo estas distinciones otros tantos motivos para laborar cada vez con más entusiasmo en nuestra tarea social. Fue primeramente cuando, aún limitada Peñalara a los doce amigos, encabezó la suscripción para construir el albergue de la Pedriza; más tarde, con un ofrecimiento en maderas para la edificación de la casa de la Fuenfría; ayer casi, donando un espléndido premio para dar mayor brillantez a los festivales deportivos; hoy, concediendo el alto honor de unir al nombre de la Sociedad la calidad de Real, completando el que nos hiciese anteriormente al aceptar la presidencia honoraria» (*Peñalara*, 92, agosto de 1921, p. 153). Esta cercanía real no gustó a todos los socios de Peñalara: Juan Almela Meliá, militante socialista y republicano a ultranza, dimitió de su condición de socio, en diciembre de 1914, por el donativo hecho por el rey y aceptado agradecidamente por la Sociedad para la construcción del refugio de la Pedriza (Arribas Martínez, 2013a, p. 6).

¹⁰ Posteriormente, en la junta general extraordinaria del 13 de diciembre de 1922, se modificaron los criterios para el ingreso de nuevos socios, aumentando el número de quienes debían presentarlos, que pasaron de dos a tres, y suprimiendo la exigencia de que uno de ellos fuese fundador, y señalando además que las solicitudes de ingreso de «señoras o señoritas que no sean esposas, hijas o hermanas de algún socio, habrán de contener una o dos firmas de señoras o señoritas asociadas» (*Peñalara*, 109, enero de 1923, p. 8).

¹¹ El crecimiento del número de socios de Peñalara fue, en efecto, notable y rápido. La comparación con la evolución de los asociados del Club Alpino Español resulta en este sentido elocuente. De acuerdo con los datos de sus sucesivos anuarios, el número de socios del Club Alpino era superior al de la Sociedad Peñalara en los años inmediatamente posteriores a la supresión del carácter limitado de ésta: a finales de 1917, las inscripciones del primero llegaron a 815, mientras las del segundo se quedaron en 682. Pero la situación se modificó después: hasta finales de 1922, el Club Alpino había contabilizado 1.508 inscripciones, frente a las 2.096 de la Sociedad Peñalara, y la distancia favorable a ésta se mantuvo, creciendo, en los años posteriores.

la construcción de sus refugios y albergues en la sierra de Guadarrama, que fue uno de los factores que influyó en la evolución del número de socios de Peñalara.

«Durante la construcción del albergue [se dice en una memoria de la secretaría de la Sociedad, a propósito del de la Fuenfría] vimos triplicarse en poco tiempo el número de afiliados a Peñalara, y, una vez terminado, en su utilización se confirma el éxito que era de esperar» (*Peñalara*, 62, febrero de 1919, p. 53). A ese «magnífico albergue», que pronto se convirtió en «la base económica más firme de la Sociedad», como se dijo en otra memoria de la junta directiva, se debió, «en su mayor parte, el ingreso de nuevos asociados», y gracias a «las facilidades dadas en él» se aficionaron a la sierra «muchas personas que de otra manera no acudirían a la montaña, entre los cuales surgen los nuevos alpinistas de mérito» (*Peñalara*, 85, enero de 1921, p. 16). Al atractivo de este albergue colaboró también, y no en pequeña medida, el hecho de que los socios de Peñalara pudiesen veranear en él, lo que, en vista de la amplia demanda, obligó a limitar esa posibilidad (turnos de quince días como máximo, dedicando a ello sólo la tercera parte de las camas) para «hacer compatibles los deseos de los socios veraneantes con el derecho de los demás asociados» (*Peñalara*, 114, junio de 1923, p. 124).

La cuantía y el ritmo de las inscripciones a la Sociedad Peñalara durante los veinte años que siguieron al abandono de su carácter limitado indican con claridad su éxito en ese periodo. Fue bien recibida, desde el primer momento, en los ambientes intelectuales y deportivos interesados por la montaña (y, en particular, por la cordillera Central y su sierra de Guadarrama), y su labor montañera, con su decidida intención cultural, contribuyó gradualmente a ampliar ese interés y a elevar, en consecuencia, el número de sus seguidores. En más de una ocasión dijeron los responsables de Peñalara que su misión principal era «inculcar el amor a la Naturaleza entre quienes no tenían la suerte de comprender todavía las satisfacciones y beneficios que reporta la montaña» (*Peñalara*, 85, enero de 1921, p. 16), y el cumplimiento de esa misión dio frutos que alimentaron la afición al alpinismo y ensancharon al tiempo los apoyos de la Sociedad. Querían, en resumidas cuentas, inculcar el amor a la naturaleza a través del acercamiento a la montaña, y esa intención comprendía una dimensión geográfica y paisajística notable. La atención a la naturaleza y a la montaña suponía atender al paisaje (al paisaje de montaña), que expresaba visualmente las cualidades de una y otra. «La Sociedad Peñalara es digna de imitación [escribió F. J. Mortimer en el prólogo a su edición de

Photograms of the Year 1919, que incluye un trabajo de Antonio Victory]. Es verdaderamente altruista, y no tiene otro fin que estimular el amor por el paisaje de España» (Mortimer, 1919, p. 6)¹². La naturaleza y el paisaje de la montaña se situaban en el centro mismo de la dedicación de la Sociedad Peñalara. Y ahora, llegados a este punto, tras el breve panorama general trazado en los párrafos anteriores, vamos a adentrarnos en la consideración de los fundamentos, las ideas y la actividad de esa Sociedad alpinista, prestando especial atención a su dimensión paisajística, a los modos de ver y valorar el paisaje (el paisaje de montaña) que esas ideas y esa actividad pusieron en juego y proyectaron.

III. LA DIMENSIÓN CULTURAL DE LA SOCIEDAD PEÑALARA

José Fernández Zabala habló de la extrañeza que producía en algunos destacados montañeros franceses la existencia en Madrid de dos asociaciones alpinas (el Club Alpino Español y la Sociedad de Alpinismo Peñalara) con los mismos fines. Era la opinión del conde de Saint-Saud y de los directivos del Club Alpino Francés, y el primero llegó a sugerirle en una de sus cartas la posibilidad, que consideraba ventajosa, de que ambas agrupaciones se uniesen. Era una posibilidad que a Zabala no le parecía desaconsejable, y él mismo estaba redactando, en diciembre de 1917, un proyecto de unión que pensaba enviar, a través de Bernaldo de Quirós, a ambas asociaciones. Pero el propio Zabala, que no se abstuvo de criticar los aspectos de la Sociedad Peñalara y de su revista con los que no se mostraba de acuerdo¹³, tenía bastante

¹² El libro editado por Mortimer incluye una selección de fotografías procedentes del Salón de Londres, en el que participaron ese año tres socios de Peñalara (Félix Candela, José Tinoco y Antonio Victory). Además de elogiar la labor de la Sociedad a favor del paisaje, Mortimer se refirió en el prólogo a sus exposiciones anuales de fotografía de montaña, que fueron, como veremos, una actividad importante, y paisajísticamente significativa, de Peñalara. Entre las fotografías seleccionadas en el libro, había un retrato de José Ortiz Echagüe («Sepúlveda») y un paisaje («The House in the Fog») de Victory. La revista de la Sociedad habló de este libro, y reprodujo el elogio del editor (*Peñalara*, 75, marzo de 1920, p. 46).

¹³ A modo de ejemplo, cabe recordar una polémica que resulta doblemente elocuente respecto del sentido crítico de Zabala y respecto de la caracterización cultural, no exclusivamente deportiva, que la Sociedad Peñalara procuró mantener. Zabala publicó en 1918 un artículo («L'alpinisme en Espagne: Société d'Alpinistes Peñalara, de Madrid») en *La Montagne*, revista mensual del Club Alpino Francés, en el que acusaba a la revista *Peñalara* de ser «un poco cerrada», lo que motivó una airada nota de respuesta de ésta, probablemente escrita por Bernaldo de Quirós, en la que se decía que nunca había estado cerrada «a la poesía, ni al arte, ni a la ciencia», y sí «al alpinismo estéril, que se limita a la escalada de las rocas peligrosas como fin exclusivo de sí mismo», y se afirmaba además la intención de seguir guardando su propia tradición (*Peñalara*, 56, agosto de 1918, p. 233).

clara la razón de esa duplicidad. La fundación de Peñalara se había debido a la desviación del Club Alpino de sus intenciones iniciales, a su creciente alejamiento del ideario montañero de sus primeros tiempos. El Club Alpino había defraudado las expectativas de algunos de sus socios al apartarse de sus directrices originales, y por eso se fundó la Sociedad Peñalara, con la intención de salvaguardar las actitudes y los comportamientos que debían, en su opinión, cimentar la dedicación montañera. Frente a la «estirada solemnidad» y a las «galas pomposas» que Zabala atribuye al Club Alpino, la nueva Sociedad Peñalara debía ser siempre «sobria y austera», mostrarse en todo momento «recia como el tocón de un recio pino» (Zabala, 1918, pp. 34-36).

Las palabras de Zabala indican con bastante claridad cuál fue el motivo que llevó al alejamiento del Club Alpino y a la fundación de la Sociedad Peñalara, y también resultan indicativas del tipo de valores y cualidades (sobriedad, austeridad, reciedumbre) que los fundadores de la segunda van a considerar fundamentales en su modo de entender el alpinismo. Aunque volveremos a hablar de ello un poco más tarde, no está de más ir señalando ahora que esos valores y cualidades coincidían en buena medida con los que caracterizaban el horizonte de Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza. La nueva Sociedad Peñalara se situó en unas coordenadas intelectuales y morales muy próximas al institucionismo, y lo que achacaron al Club Alpino fue precisamente haberse ido separando gradualmente de ellas a lo largo de sus cinco años de existencia, desde que se constituyó oficialmente en mayo de 1908. La separación del Club Alpino se produjo por su alejamiento de las intenciones declaradas en sus inicios, por su creciente inclinación hacia lo meramente deportivo y su también creciente atención a los aspectos más mundanos (las «galas pomposas» de las que habló Zabala) de su actividad. Se llegó a decir que las agrupaciones del Club Alpino mostraban un «régimen de castas», y se llamó «magnates» a sus directivos (Zabala, 1918, pp. 35 y 37).

En la memoria del Club Alpino publicada en su *Anuario* de 1921, se hablaba de la lentitud del desarrollo del alpinismo en España, y se decía que entre sus causas estaba la indefinición de los objetivos de las sociedades a él dedicadas. Los responsables de Peñalara respondieron que los objetivos de su Sociedad estaban «bien definidos en sus estatutos, pero sobre todo en su actuación», y que consistían ante todo en «conocer las montañas españolas divulgando a los cuatro vientos y por todos los medios estos conocimientos y fomentar el excursionismo y los deportes alpinos “predicando con el ejemplo”». El do-

ble interés intelectual y deportivo por la montaña era lo que caracterizaba, por tanto, la dedicación alpinista de la Sociedad Peñalara. Y en ese punto era dónde se situaba la diferencia con el Club Alpino y la razón principal de la separación de la nueva Sociedad. «Al descuido que el Club puso en realizar ésta que creímos que era su misión, se debió en gran parte la fundación y los primeros pasos de Peñalara» (*Peñalara*, 96, diciembre de 1921, p. 239).

La relación pública entre ambas asociaciones alpinas mantuvo siempre un tono de respeto mutuo y de mutua consideración. Bernaldo de Quirós fue socio honorario del Club Alpino desde 1909, por la publicación ese año de su *Guía alpina del Guadarrama*, del mismo modo que Manuel González de Amézua, su primer presidente, lo fue desde enero de 1921 de la Sociedad Peñalara. Pero también hubo algunas críticas más o menos veladas a las actuaciones y realizaciones del Club Alpino en las páginas de la revista de la Sociedad, y en ellas se deja ver con claridad la contraposición entre lo que se critica del primero y lo que pretende la segunda. Son críticas que traducen la mentalidad de la nueva Sociedad, que quiere ser muy distinta de la mostrada por el Club Alpino. En 1918, por ejemplo, Constancio Bernaldo de Quirós comenta una publicación (*España, centro del mundo*) del Club Alpino. El libro proponía la creación de un nuevo centro dedicado a la civilización ibérica, lo que le parece un proyecto «sugestivo», aunque, añade, «un tanto megalómano», y señala además que se presenta «suntuariamente editado» (Bernaldo de Quirós, 1918c, p. 210). Del *Anuario* del Club Alpino de 1918 se dijo en la revista que era «una espléndida publicación en que a menudo las ilustraciones superan al texto» (*Peñalara*, 53, mayo de 1918, p. 158). El sentido de las críticas es claro: frente a lo criticado en el Club Alpino (megalomanía, lujo, predominio de la ilustración sobre el texto), se sitúan, en sus antípodas, los valores que la Sociedad Peñalara quiere poner en primer plano: sobriedad, sencillez, predominio de la idea.

Al igual que otros clubes y sociedades de alpinismo de todo el mundo, el Club Alpino Español afirmó inicialmente su doble intención intelectual y deportiva. Acercarse a la montaña suponía, como en muchos otros casos, hacerlo no sólo en términos físicos, sino también intelectualmente, prestando atención a los aspectos culturales, científicos y artísticos. Sus estatutos originales siguieron de cerca los de su homónimo francés. Su principal impulsor y primer presidente, Manuel González de Amézua, que se había ocupado de su elaboración, dijo que eran «copia fiel y extractada en sumo grado» de los

del Club Alpino Francés (Amézua, 1916, p. 104). Y fue esa manera inicial de entender el alpinismo, conjugando el interés intelectual y el interés deportivo, la que se fue abandonando gradualmente, en opinión de los fundadores de Peñalara, en detrimento del primero. En la crítica al Club Alpino se dejan ver las claves de la caracterización de la nueva Sociedad, que pretendió mantenerse fiel a los principios del alpinismo originario, y reforzó esa fidelidad, además, con la incorporación de los modos modernos de entender el excursionismo y de valorar la naturaleza y el paisaje promovidos en España por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Un aspecto y otro (la propia afirmación reactiva de los valores intelectuales y morales que se consideraban olvidados por el Club Alpino, y la incorporación del legado gineriano e institucionista) ayudan a entender la caracterización de la Sociedad Peñalara, con su sostenido énfasis en la dimensión cultural del montañismo. «El alpinismo es el más intelectual de los deportes», se dijo en la revista de la Sociedad, poco después de su fundación (*Peñalara*, 10, octubre de 1914, p. 133)¹⁴. Su voluntario y expreso deseo de evitar los que consideraban errores y desviaciones del Club Alpino contribuyó a reforzar en los fundadores de Peñalara la concepción eminentemente cultural del alpinismo, apoyada directamente además en el horizonte intelectual y moral del círculo gineriano e institucionista.

La influencia de Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza sobre la Sociedad Peñalara fue notable y valiosa, y a ella se debieron en no pequeña medida algunos de los rasgos distintivos de las actitudes y los comportamientos que se dieron en ella. La mentalidad de los montañeros de Peñalara estuvo marcada por esa influencia, por el modo de ver y valorar la montaña y por el modo de acercarse a ella que promovieron Giner y sus compañeros de la Institución. Me he referido con cierto detenimiento a las razones y los efectos de esa influencia (véase Ortega Cantero, 2013), por lo que me limitaré aquí a señalar muy brevemente algunos aspectos que considero fundamentales de ella y de su dimensión más claramente paisajística.

¹⁴ La afirmación de la superioridad intelectual y aun moral del alpinismo respecto de otros deportes estuvo muy presente también, como ha señalado Dominique Lejeune, en las sociedades alpinas francesas, en las que se insistió en su carácter «noble» y en las cualidades que lo caracterizaban, como las de estimular la curiosidad, ampliar el horizonte intelectual, ayudar al conocimiento directo de la naturaleza, y contribuir a la mejora moral de la persona. Lejeune interpreta esa actitud como una reacción defensiva del grupo alpinista antes de lograr un reconocimiento social suficiente, cuando su eco en la prensa era muy inferior al de otras prácticas deportivas que, como el ciclismo, se relacionaban también con la montaña (véase Lejeune, 1988, pp. 124-131).

Desde el momento de su fundación, en 1876, la Institución Libre de Enseñanza, encabezada por Francisco Giner de los Ríos, llevó a cabo una notable modernización del panorama educativo y cultural español. Esa modernización comprendió, entre otras cosas, la consideración de la práctica excursionista como un medio imprescindible en los terrenos educativo y científico. Para conocer algo o para estudiarlo, era necesario verlo, ponerse en contacto directo con ello, y la excursión era el único medio de lograrlo. Y su valor no era sólo intelectual, ya que a él se sumaban los favorables efectos de variada índole, incluyendo los físicos o deportivos, derivados de la práctica excursionista.

Una de las muestras más acabadas de la manera institucionista de entender las excursiones se puede ver en los principios fundacionales de la Sociedad para el Estudio del Guadarrama, fundada en 1886, dentro de la Institución, y dirigida por el naturalista José Macpherson. Se recordaba en ellos la importancia de las excursiones para el estudio, para la enseñanza y para la ciencia, ya que posibilitaban «el examen directo e inmediato de las cosas para conocerlas». A ello se añadía su interés patriótico, al permitir «el estudio real y positivo» de la realidad nacional. Y, finalmente, se sumaban a lo anterior otros beneficios físicos, espirituales y morales derivados de la práctica excursionista, «el bienhechor influjo que las largas marchas por el campo, la ascensión a las montañas, la fatiga corporal, el *alpinismo* en suma, bajo todas sus formas ejerce, no sólo en la salud física, sino tanto y más todavía en la educación del espíritu y en el carácter moral del individuo, despertándole y haciendo más fina en él la observación, avivándole el sentimiento, dándole firmeza, constancia, sufrimiento, serenidad, arrojo» (Sociedad para el Estudio del Guadarrama, 1886, p. 367). De esta manera entendían los institucionistas las excursiones: como una práctica que requería aunar la dimensión física o deportiva con otras dimensiones (intelectuales, patrióticas, espirituales, morales) de notable importancia. Eso debía ser, como advierten los fundadores de la Sociedad para el estudio del Guadarrama, el alpinismo, mezcla de inteligencia y deporte, acercamiento físico y cultural a la montaña. Es una concepción del alpinismo cercana a la que adoptaron en sus comienzos, como vimos, los clubes y sociedades alpinas de distintos países, y está también muy cerca de la que caracterizó, en España, los planteamientos de la Sociedad Peñalara.

En relación con esa manera de entender las excursiones, Giner y la Institución tuvieron además un papel protagonista en la introducción en España de la geografía moderna y su perspectiva paisajística, desarrollada desde

tiempos de Humboldt. Esa perspectiva entendía el paisaje como la expresión visible del orden natural, incluyendo al hombre. Expresión que se producía no sólo a través de su materialidad, de sus formas visibles, sino también, al tiempo, mediante el sentido que se le atribuye, los valores y significados de variada índole (intelectuales, estéticos, morales) que se descubren en él. El paisaje es así forma y sentido, materialidad y significado, y por eso se requiere, para entenderlo, compaginar la explicación y la comprensión, la razón y el sentimiento, la ciencia y el arte. Esa fue la perspectiva geográfica que promovió inicialmente Humboldt y secundaron después otros destacados geógrafos, y esa fue también la perspectiva adoptada por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza, como demuestra cumplidamente el artículo publicado por el primero con el título de «Paisaje», verdadero manifiesto fundacional del paisajismo institucionista (véase Giner de los Ríos, 1886).

Los nuevos modos de ver el paisaje y de entender las excursiones (y el alpinismo) del círculo gineriano e institucionista tuvieron una influencia muy notable en diferentes perspectivas posteriores interesadas por esos mismos aspectos. Desde la generación del 98, en el campo literario y artístico, hasta los naturalistas de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, en el terreno de la ciencia, manifestaron esa influencia y prolongaron, a su manera, la tradición paisajista y excursionista iniciada por Giner y sus colaboradores de la Institución. Esa influencia también se dejó sentir con claridad en la Sociedad Peñalara, y a ella se debió en gran medida, como ya hemos apuntado, su sesgo marcadamente cultural, su sostenida intención de no renunciar, en aras del deporte sin más, a la vertiente intelectual, científica y artística del alpinismo. Esa influencia es el trasfondo que aclara la razón de ser de la caracterización de la Sociedad Peñalara.

De ello habló Bernaldo de Quirós en numerosas ocasiones. La Sociedad quería, dijo, «unir, para el sentimiento de la montaña, la ciencia de los sabios con la fantasía de los poetas y la energía de los hombres de acción» (Bernaldo de Quirós, 1918a, p. 80). Sin «los estímulos intelectuales y estéticos», añadió en otro momento, «el llamado “alpinismo” es, ciertamente, un insignificante, estéril deporte». El verdadero «montañero», afirma también, «siente por la naturaleza entera de la Sierra un interés real y efectivo: desde las cumbres sublimes desdeñosas de la tierra a las pobres criaturas humanas de los valles que alzan al cielo enigmático miradas de dolorosas preguntas», y no tiene nada que ver, por tanto, con el «snobismo» de los nuevos deportistas, «gente que se

divierte indiferente en medio de la elegancia y del confort, a la vida humana de labor y dolor en los montes que ignoran íntimamente» (Bernaldo de Quirós, 1918b, p. 116). La de la Sociedad Peñalara es, en fin, una «labor de cultura y estudio» (Bernaldo de Quirós, 1919, p. 251). Y también insisten en esas ideas habitualmente las memorias anuales de la junta directiva de la Sociedad. En la que se presentó en enero de 1924, por ejemplo, se recordó que «conocer las cordilleras españolas y fomentar la afición a la montaña» eran los fines de la Asociación (*Peñalara*, 96, diciembre de 1924, p. 13). Y toda su actividad debía responder siempre a sus pautas de sobriedad y sencillez características, que no habían hecho sino favorecerla. Tras la concesión por Alfonso XIII del título de Real, la memoria de la junta directiva de enero de 1921 incluyó el siguiente comentario: «la satisfacción que ha producido en todos la confirmación oficial de la importancia de nuestra Sociedad, no debe alterar en lo más mínimo este carácter modesto y entusiasta al que debe Peñalara todos sus éxitos y triunfos» (*Peñalara*, 97, enero de 1922, p. 13).

Los principales responsables de la orientación de la Sociedad Peñalara, con Bernaldo de Quirós en primer término, formaban parte de la burguesía ilustrada, y compartían una perspectiva ideológica de corte reformista. Ése fue el horizonte del núcleo fundador de la nueva asociación, que adoptó en buena medida las ideas y las actitudes de Giner y de la Institución Libre de Enseñanza, que se movían a su vez en unas coordenadas intelectuales y sociales no muy diferentes de las suyas. Hubo así en la mentalidad de la Sociedad Peñalara un componente institucionista, que ayuda a explicar el sostenido sesgo cultural de su actividad montañera y la actitud intelectual y moral que la acompañó. Y ayuda a explicar también su particular sensibilidad hacia el paisaje y la labor que llevaron a cabo para promover su mejor conocimiento y su debida valoración.

El factor principal de la muy directa influencia del institucionismo sobre la Sociedad Peñalara fue la relación que mantuvo Bernaldo de Quirós con Francisco Giner, que comenzó en octubre de 1893, cuando se matriculó en su clase de filosofía del derecho del doctorado. Este encuentro, este «acto electivo», como lo llama Bernaldo de Quirós, comienzo de la larga y fructífera relación que ambos mantuvieron desde entonces, tuvo, como recordó muchos años después, ya al final de su vida, una «importancia decisiva» en su destino y en su vida (Bernaldo de Quirós, 1964, p. 167). Fue una influencia profunda la de Giner, y parte de ella se concretó en el terreno del excursionismo y del modo de entender la montaña.

Fig. 2. El refugio de Peñalara en la Pedriza de Manzanares. Fotografía de Ramón González. El primero de los refugios de montaña de la Sociedad se inauguró en 1916 en la Pedriza de Manzanares, con el nombre de Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, que ejerció una influencia muy notable sobre sus planteamientos y su modo de practicar el acercamiento a la naturaleza y el paisaje. (En Eduardo Hernández-Pacheco, dir.: *Guía de los sitios naturales de interés nacional. I. Sierra de Guadarrama*. Madrid, 1931.)



Familiarizado con las sierras de Guadarrama y Gredos desde su infancia, lo que le aportó Giner fue una manera de ver la montaña: «debo a don Francisco en mi formación montañera [escribió Bernaldo de Quirós] lo mismo que le debo en todo lo demás, el refinamiento, la cultura de aquella primitiva tendencia original». Era, añade, algo parecido al pulimento y la regularización de formas de un canto rodado en el lecho de un río, y un ejemplo claro de la teoría de la formación de la personalidad mediante «el choque de la tendencia original de cada cual con su mundo circundante, físico y social» (Bernaldo de Quirós, 1964, p. 180). No era el descubrimiento de la montaña lo que debía a Giner, sino el modo de acercarse a ella y valorarla. Era sobre todo una actitud intelectual y moral, una manera profundamente cultural, enraizada en el horizonte de la modernidad paisajística, de pensar y sentir la montaña. Esa es la clave de lo que le aportó Giner en el terreno del montañismo, y de la influencia que ejerció, en buena medida gracias a su mediación, en la Sociedad Peñalara.

Giner les enseñó a ver la montaña con todo su significado cultural, adentrándose en las dimensiones intelectuales y morales que el asunto ponía en juego. Ésa fue la perspectiva gineriana (e institucionista) que incorporaron Bernaldo de Quirós y sus compañeros de la Sociedad Peñalara. Francisco Giner fue, como se dijo en la revista de la Sociedad, «el maestro ilustre a quien una gran parte de la generación actual debe la iniciación en el amor a la montaña» (*Peñalara*, 23, noviembre de

1915, p. 173). Fue, en palabras de Bernaldo de Quirós, «el querido y glorioso maestro» (Bernaldo de Quirós, 1915, p. 134), y fue además «el más ilustre y eficaz de los precursores del alpinismo castellano» (Bernaldo de Quirós, 1921, p. 57). Les enseñó a ver la naturaleza y el paisaje con ojos modernos, y a comprender lo que significaban, no sólo en términos físicos, deportivos, sino también y sobre todo desde el punto de vista intelectual y moral. En esa dirección se movió, en suma, la influencia de los institucionistas sobre la Sociedad Peñalara. En el número dedicado a su memoria, en marzo de 1915, la revista *Peñalara* incluyó palabras muy elocuentes sobre las enseñanzas que habían recibido de Giner a propósito de la sierra de Guadarrama, equiparando su papel con el que jugó en su momento Rousseau respecto de los Alpes. «D. Francisco Giner fue para nosotros [se lee en la nota introductoria de la revista] el revelador del Guadarrama y quien le mostró a las generaciones actuales como una gloriosa belleza para la que éramos ciegos, como una alta escuela de salud y energía reparadora del estrago de la vida de la ciudad, casi bajo su sombra» (*Peñalara*, 15, marzo de 1915, p. 33).

Los impulsores de la Sociedad Peñalara siempre se sintieron herederos del legado de Francisco Giner. Y ello se tradujo también en los recuerdos que le dedicaron en la Sierra de Guadarrama. El primero de ellos se materializó en el Canto del Tolmo, en la Pedriza de Manzanares, donde la Sociedad colocó, el 6 de junio de 1915, poco después de su muerte, una lápida dedicada «A la memo-

ria de D. Francisco Giner de los Ríos». Bernaldo de Quirós dijo allí, entre otras cosas, que esperaba que su lectura les diese «la virtud de entender y practicar el amor a las montañas con la elevación y la dignidad que él personalmente sabía y quería comunicarnos, como homenaje e imitación de las cumbres silenciosas y fuertes» (Bernaldo de Quirós, 1921, p. 56). Casi un año después, el 15 de mayo de 1916, se inauguró el primer refugio de montaña de la Sociedad, el de la Umbría Calderón, también en la Pedriza, al que se dio el nombre de Giner de los Ríos, a quien se recordaba en su interior con un retrato y con los versos que Antonio Machado le dedicó a su muerte.

La Sociedad Peñalara se mantuvo fiel, en suma, al modo gineriano e institucionista de entender el excursionismo y el significado del acercamiento a la naturaleza y el paisaje. Y a esa fidelidad se debió en gran medida su notable dimensión cultural. La atención al componente cultural del alpinismo, a los variados registros culturales puestos en juego en el acercamiento a la naturaleza y el paisaje, incluidos los científicos, fue una constante de la trayectoria de la Sociedad, que se manifestó en todas sus actividades, desde los cursos de conferencias o los concursos de fotografía de montaña, hasta la propia práctica montañera y sus resultados narrativos en las páginas de la propia revista o en otros lugares. En todas esas actividades se dejó sentir la influencia gineriana e institucionista, y, más concretamente, su dimensión geográfica y paisajista. La visión moderna del paisaje promovida por Giner y la Institución Libre de Enseñanza, con su orientación geográfica, humboldtiana, pasó a formar parte de la mentalidad de los alpinistas de la Sociedad Peñalara. Y a través de sus actividades deportivas y culturales contribuyeron a proyectar ese paisajismo moderno de corte geográfico. Veamos a continuación cómo se concretó esa acción paisajística en las actividades desarrolladas por la Sociedad.

IV. LAS CONFERENCIAS Y LAS EXPOSICIONES DE FOTOGRAFÍA DE MONTAÑA

La organización de conferencias fue una actividad habitual de la Sociedad Peñalara. Como se encargó de recordar la revista, apuntando con precisión a las intenciones distintivas de la Sociedad, se organizaron «manteniendo el carácter intelectual que la distingue y que pretende añadir al puramente deportivo» (*Peñalara*, 23, noviembre de 1915, p. 173). Sólo un mes después de su fundación, cuando todavía era Los Doce Amigos, se anunció la primera serie de cinco conferencias, para no-

viembre y diciembre de 1913, con el fin de «difundir la afición a la montaña» (*Peñalara*, 2, noviembre de 1913, p. 16). Todos los conferenciantes fueron, en esta ocasión, socios de Peñalara (Fernández Ascarza, Tinoco, Bernaldo de Quirós, Meliá y Fernández Zabala), y en ellas se habló de la caracterización del alpinismo y de algunos aspectos (equipo, alimentación, instrumentos) que convenía tener en cuenta para practicarlo, y se propusieron además algunos itinerarios concretos de excursiones por la sierra de Guadarrama, la sierra de Gredos y los Picos de Europa.

Desde entonces, la Sociedad desarrolló con regularidad esa actividad, expresiva de sus inquietudes deportivas e intelectuales, que adquirió una cierta notoriedad en el panorama madrileño de su tiempo. La mayoría de los conferenciantes, no todos, fueron socios de Peñalara, y, salvo contadas excepciones, las conferencias de Peñalara tuvieron carácter público¹⁵, y encontraron una acogida bastante favorable, por lo que fueron un medio valioso de proyección de las ideas y experiencias de la Sociedad, incluyendo las de índole paisajística, y contribuyeron en no pequeña medida a alimentar su vida de relación social y a conformar su imagen exterior. De la primera serie que se organizó en 1913, se dijo en la revista que se había desarrollado «con excelente éxito», en un salón apto para doscientas personas, «la mayoría de las cuales asistió a la serie entera de lecciones» (*Peñalara*, 3, diciembre de 1913, p. 23). En mayo de 1926, cuando terminó el curso de conferencias que se dio entonces en la Universidad Central, se habló en la revista de «éxito rotundo», y se añadió este elocuente comentario: «Por la autoridad de los conferenciantes, por el interés de los temas desarrollados y por el selecto y numerosos auditorio que se congregó en las aulas de nuestro primer Centro docente, el nombre de Peñalara ha ido unido, una vez más a una obra cultural, como la brillantemente realizada en el finado curso» (*Peñalara*, 149, mayo de 1926, p. 98). Y en otra ocasión, comentando los resultados del curso de conferencias de marzo y abril de 1928, se señaló que el salón en el que se dieron estuvo «completamente ocupado por un auditorio selecto entre el que han figurado regias per-

¹⁵ En algunas de las conferencias se limitó, por razones de espacio, la entrada. Así sucedió, por ejemplo, con las que se dieron, en abril de 1916 y en octubre de 1917, en la sede de la Sociedad (que estuvo desde noviembre de 1915 hasta diciembre de 1919 en el número 2 de la calle del Cid), reservadas a los socios, y con las que en mayo de 1916 se dieron en el Centro Asturiano, en la calle de Alcalá, a las que sólo pudieron asistir los socios y quienes presentasen la invitación inserta en el número de ese mes de la revista *Peñalara*. En este último caso, la advertencia de la limitación de la entrada se acompañó de una salvedad: «Recordamos que las señoras no necesitan de invitación alguna para su ingreso en el salón de conferencias» (*Peñalara*, 29, mayo de 1916, p. 122).

sonalidades, un ministro de la Corona, prestigios científicos y literarios, autoridades diversas y los presidentes de distintas Entidades montaÑeras» (*Peñalara*, 173, mayo de 1928, p. 111).

Las conferencias se dieron en diferentes sitios. Algunas de ellas en la propia sede de la Sociedad, y la mayoría en otros locales madrileños cedidos con ese fin, entre los que se contaron el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial, el Ateneo y la Universidad Central, que se utilizó por vez primera en el curso 1925-1926, cuando se encargó de su organización Francisco Hernández-Pacheco. Las conferencias se agruparon en cursos anuales (en general, de seis intervenciones), se desarrollaron regularmente hasta 1931, y luego, tras tres años de interrupción, se reanudaron en 1935¹⁶. Y se organizaron también, desde 1929, otro tipo de conferencias: las conferencias radiadas, cursos (o cursillos, como los denominó en ocasiones la revista) de seis o siete charlas de divulgación que se emitieron desde los estudios de Unión Radio, entonces dirigida por Ricardo de Urgoiti, socio también de Peñalara¹⁷. Se mantuvieron a lo largo de los años treinta, y fueron, al igual que las otras, bien recibidas por el público. En junio de 1935, terminada su sexta edición, la revista señaló el «gran éxito» logrado por el curso de conferencias radiadas de ese año, «que fue seguido con gran interés no solamente por los oyentes de Madrid, sino por multitud de aficionados de provincias» (*Peñalara*, 258, junio de 1935, p. 157).

Los temas tratados en las conferencias fueron bastante variados. Algunos de ellos tuvieron que ver directamente con la práctica deportiva, con el alpinismo, ofreciendo muy variados enfoques, desde el histórico y técnico,

hasta el psicológico, médico e higiénico. En otras ocasiones, que fueron mayoría, respondieron más directamente al «carácter intelectual» que, como acabamos de señalar, se consideraba distintivo de la Sociedad. Se habló con criterio científico de diversos aspectos de la caracterización natural y humana de la montaña, y las conferencias se centraron en numerosas ocasiones en la sierra de Guadarrama, con puntos de vista naturalistas e históricos, en general solventes. Lucas Fernández Navarro habló en 1918, por ejemplo, del Valle del Lozoya, objeto de las investigaciones que le permitieron elaborar la primera monografía geológica sobre ese ámbito (véase Fernández Navarro, 1915), y Constancio Bernaldo de Quirós dedicó una de sus conferencias de 1917 a un asunto que estudió a fondo, el descubrimiento de la sierra de Guadarrama, publicada después en el *Heraldo Deportivo* y en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (véase Bernaldo de Quirós, 1917 y 1918d). Otros temas culturales variados (como el deporte en la literatura, la pintura de paisaje o la fotografía de montaña, por ejemplo) se plantearon también en esas conferencias, y no fueron pocas las que, de un modo u otro, se refirieron al paisaje, apoyándose casi siempre en formas de percibirlo y valorarlo deudoras del paisajismo moderno y, más concretamente, de la proyección de esa perspectiva promovida en España por el círculo gineriano e institucionista. Éstas son las que nos interesan aquí especialmente, por lo que vamos a considerarlas un poco más despacio.

Muchas de las conferencias organizadas por Peñalara se refirieron a paisajes españoles concretos, y, con su habitual acompañamiento de proyecciones fotográficas, ofrecieron en conjunto una interesante selección de sus exponentes más notables. Allí se habló de algunos de los paisajes más valorados desde tiempos de los viajeros románticos, paisajes a menudo de montaña que constituyeron, desde entonces, verdaderos modelos para el paisajismo moderno. El desfiladero del río Sella, la Ciudad Encantada, la sierra de Córdoba y Sierra Nevada, las sierras de Gredos y Guadarrama, la montaña de Santander y el valle de Arán, los parques nacionales de la Montaña de Covadonga, en los Picos de Europa, y del Valle de Ordesa, en los Pirineos, creados ambos en 1918, fueron algunos de temas paisajísticos expuestos en esas conferencias. Pero también hubo otras en las que se plantearon consideraciones menos concretas, más generales y teóricas, que pusieron de manifiesto la necesidad de poner en juego la mirada científica y la mirada artística, la razón y el sentimiento, para entender cabalmente el paisaje, de acuerdo con las enseñanzas del paisajismo geográfico moderno. A veces se habló de una de esas miradas por

¹⁶ El programa del curso de conferencias de 1925-1926, el primero en la Universidad Central, ofrece un elocuente ejemplo del tipo de temas tratados y del tipo de conferenciantes encargados de hacerlo. El curso se inauguró, el 4 de diciembre, con una conferencia de Bernaldo de Quirós sobre «Las últimas cumbres de Guadarrama y primeras de Gredos», y se sucedieron después, hasta el 30 de abril, cinco conferencias más, a cargo de Eduardo Hernández-Pacheco («El paisaje en relación con la litología de España»), Ramón Martínez de Velasco («Ferrocarriles transpirenaicos y sus principales túneles»), Andrés Avelino de Armenteras («El alpinismo en relación con la causa forestal»), José María Torroja («Moderna cartografía de montaña»), y Lucas Fernández Navarro («La Palma [Canarias]») (*Peñalara*, 142, octubre de 1925, p. 196; 144, diciembre de 1925, pp. 222 y 225-227; 146, febrero de 1926, pp. 26-28 y 31-33; 149, mayo de 1926, pp. 97-98).

¹⁷ El programa del curso de conferencias radiadas de febrero y marzo de 1929, todas ellas a cargo de socios de Peñalara, ofrece un buen ejemplo de este tipo de actividad: Eduardo Alfonso («La Sierra, la salud y la higiene»), Juan Díaz Duque («Acerca de la Sierra y un domingo en ella»), Arnaldo de España («El esquí, su historial y abolengo»), Julián Delgado Úbeda («Los refugios de alta montaña»), Francisco Hernández-Pacheco («Cómo se formó la Sierra de Guadarrama»), y José Tinoco («E. Whympy y el Cervino») (*Peñalara*, 182, febrero de 1929, p. 51).

separado, aunque sin ignorar o despreciar la otra, como sucedió, por ejemplo, en la que dio Eduardo Hernández-Pacheco, en diciembre de 1925, sobre «El paisaje en relación con la litología en España», y en la de Francisco Hernández-Pacheco, emitida por Unión Radio, en junio de 1934, sobre «Las rocas y el paisaje», o, yendo a la otra mirada, en la que corrió a cargo de José Francés, en junio de 1927, sobre «La pintura de paisaje de montaña en España» (véase *Peñalara*, 144, diciembre de 1925, pp. 225-226; 160, abril de 1927, p. 93; y 244, abril de 1934, p. 102).

En otras ocasiones, las conferencias se refirieron simultáneamente a las dos miradas, la científica y la artística, la racional y la sentimental, para dar cuenta del paisaje. Éstas fueron, sin duda, las que de manera más clara evidenciaron el acuerdo con los puntos de vista del paisajismo geográfico moderno, con su propuesta de aunar equilibradamente ambas perspectivas (razón y sentimiento) para entender el paisaje. Uno de los mejores ejemplos de este tipo de planteamiento integrador se encuentra en la conferencia que dio en junio de 1921 Lucas Fernández Navarro, catedrático de cristalografía de la Universidad de Madrid y socio honorario de Peñalara desde enero de 1918, sobre las razones geológicas del paisaje, que fue resumida en la revista de la Sociedad por Joaquín García Bellido. Su razonamiento siguió a ratos de cerca las reflexiones sobre la relación entre geología y paisaje que se habían planteado más de una vez en la tradición del paisajismo moderno, y que habían llevado en ocasiones a hablar de la posibilidad de una estética geológica, reflexiones y posibilidad incorporadas por Francisco Giner en su artículo fundacional de 1886 (véase Giner, 1886). Además, habló Fernández Navarro de una renovada manera de acercarse al paisaje que debería tener en cuenta su conocimiento científico, sumando así a la mirada artística, estética, la mirada explicativa. Y esta mirada, lejos de anular o empequeñecer a la otra, debe mejorarla, enriquecerla, ya que ayuda a entender cabalmente, sin mutilarla, la entidad del paisaje, sus formas y sus valores, ayudando así a conformar «una nueva manera de admirar el paisaje» (García Bellido, 1921, p. 127). Una nueva manera, científica y estética al tiempo, directamente conectada con la tradición del paisajismo geográfico e institucionista, que Fernández Navarro practicó con notable maestría en sus propios relatos de excursiones, a los que nos referiremos un poco más tarde, y que presentó en su conferencia del siguiente modo:

Las variantes del paisaje de montaña, los diversos accidentes del terreno, que son el encanto y la admiración del excursionista,

tienen una explicación lógica y clara que hay que buscar, en gran parte, en la estructura y composición de las diversas rocas. El conocimiento de esta causa de las variadas formas del modelado da un nuevo interés al paisaje de montaña, pues al que tiene para el artista o el simple contemplador por la estética diversidad de líneas, sombras y colores, se añade el que tiene para el geólogo y aun para los simples iniciados en el conocimiento científico de las rocas al explicarse por qué es así lo que sus ojos admiran. (García Bellido, 1921, p. 125)

No fueron las conferencias la única actividad que manifestó el interés de la Sociedad Peñalara por el paisaje y su adopción del modo moderno de verlo y valorarlo. Lo mismo sucedió con la dedicada a la fotografía, también importante en términos paisajísticos, que adquirió un significado muy notable. Hubo conferencias, proyecciones, concursos mensuales y artículos de la revista dedicados a ella, pero la actuación más destacada en ese sentido fue, sin duda, la organización de exposiciones anuales de fotografía de montaña, que constituyeron una de las facetas más conocidas y apreciadas de Peñalara. A finales de 1920, se dijo que cabía destacar «dos grandes éxitos» en la labor de la Sociedad, ambos «únicos todavía en España»: su revista de alpinismo, y «la celebración periódica, y con éxito siempre creciente», de sus exposiciones de fotografía de montaña (*Peñalara*, 83-84, noviembre-diciembre de 1920, p. 201). La iniciativa de organizar esas exposiciones (o «salones») se debió a Ramón González, uno de Los Doce Amigos, que fue su principal impulsor y se ocupó además de comentar con regularidad sus resultados en la revista. Los trabajos presentados debían tener «carácter esencialmente artístico», y se admitían las fotografías en papel, las vistas estereoscópicas y las diapositivas en cristal (*Peñalara*, 50, febrero de 1918, pp. 62-63).

La primera exposición de fotografía de montaña se hizo en junio de 1916, y respondió, como sus propios organizadores expusieron con claridad, a una intención expresamente paisajística: querían exponer los paisajes de las montañas españolas, los paisajes «austeros» del Guadarrama y los «huraños» de la Pedriza y Gredos, los paisajes «plenos de bravura» de los Picos de Europa, los «suaves» de las cumbres de Sierra Nevada, y los «magníficamente impresionantes» del Pirineo aragonés (*Peñalara*, 26, febrero de 1926, p. 39). Los resultados fueron muy satisfactorios. Estuvo abierta durante tres semanas en el Ateneo de Madrid y recibió más de tres mil visitas. Se expusieron casi quinientas obras, previamente seleccionadas por Ramón González y Antonio Prast. El Museo de Ciencias Naturales envió un conjunto de fotografías «de gran valor documental», con trabajos de

Eduardo Hernández-Pacheco¹⁸, Hugo Obermaier, Lucas Fernández Navarro, Joaquín Gómez de Larena y Juan Carandell (*Peñalara*, 31, julio de 1916, p. 4). Una de las aportaciones documentalmente más importantes de la exposición fue la dedicada al paisaje de la Pedriza de Manzanares, una serie de fotografías sobre un lugar de excepcional interés y belleza, entonces muy poco conocido, que debió en gran medida su descubrimiento moderno y la divulgación de sus valores naturales y paisajísticos a algunos de los socios de Peñalara¹⁹. El comentario de la revista fue verdaderamente elocuente:

En el orden documental, el éxito de la Exposición ha sido la espléndida colección de la Pedriza de Manzanares, formada por 26 fotografías planas y 14 estereoscópicas, inéditas en su mayoría, que han sido la revelación de panoramas, de bravíos paisajes de rocas aun para los habituales visitantes del Guadarrama, que desconocen en absoluto esta parte de nuestra sierra, la más pintoresca, la más salvaje, la que ha de atraer hacia sus erguidos riscos inconquistados a esta generación que nos sigue de valientes alpinistas, de audaces trepadores que comienzan a formarse. (*Peñalara*, 31, julio de 1916, p. 1)

De «éxito imponderable» habló la revista a propósito de esta primera exposición de fotografía de montaña, y los responsables de la Sociedad derivaron de esa muy favorable acogida el «compromiso» de continuar con la organización de muestras similares. Y así se hizo. Las exposiciones de fotografía de montaña se hicieron anualmente en diversos locales (en el Ateneo, en el patio del Ministerio de Estado, en los salones de la Sociedad Amigos del Arte, instalada en el edificio de la Biblioteca

Nacional, en el Círculo de Bellas Artes), y desde 1928, tras una ocasión (la cuarta edición, de marzo de 1919) en que se incluyeron en ella algunas obras del pintor Luis Huidobro (véase *Peñalara*, 63, marzo de 1919, pp. 89-94; y 64, abril de 1919, pp. 103-118), se acompañaron con muestras de pintura y dibujo, en parte debidas a los pintores pensionados por la Sociedad en sus albergues de montaña, y en parte aportadas por otros artistas aficionados o profesionales, que prolongaron, aunque con menor envergadura, la iniciativa puesta en práctica diez años antes, en marzo de 1918, con la organización de una exposición de pintura de montaña²⁰.

Participaron en las exposiciones numerosos fotógrafos, aficionados y profesionales, incluyendo a los más destacados exponentes de la fotografía de montaña de la propia Sociedad. Era el denominado «grupo de los *maestros* de Peñalara», entre los que se contaron Francisco Andrada, Félix Candela, Ángel Castellanos, Ramón González, José Tinoco, Otto Wunderlich y Antonio Victory, de quien se dijo, no sin razón, que le correspondía merecidamente «la categoría de sumo pontífice de la fotografía artística de montaña» (González, 1921, p. 118). La labor paisajística de todos ellos y, en general, de las exposiciones de fotografía de montaña de Peñalara fue verdaderamente importante: contribuyeron decisivamente a dar a conocer los mejores paisajes de montaña españoles, y contribuyeron igualmente a conformar su imagen moderna, una imagen acorde con el horizonte perceptivo y valorativo del paisajismo introducido y promovido en España por Giner y la Institución Libre de Enseñanza.

Esa intención paisajística presidió toda la actividad fotográfica de Peñalara, y en ella se expresó con bastante claridad la pretensión de aunar ciencia y arte, interés documental e interés estético, que esa intención entrañaba. A propósito de la tercera de sus exposiciones anuales, en mayo de 1918, Ramón González escribió una crónica en la que afirmaba que «con la fotografía puede llegarse a la

¹⁸ Como ha señalado Manuel Mollá Ruiz-Gómez, la labor fotográfica de Eduardo Hernández-Pacheco (catedrático de geología de la Universidad de Madrid desde 1910, director de la Sección Geológica del Museo Nacional de Ciencias Naturales desde ese mismo año, vocal desde su creación, en 1917, de la Junta de Parques Nacionales y después, desde 1931, vicepresidente de la Comisaría del mismo nombre, y socio honorario de Peñalara desde enero de 1918, cuando obtuvo este nombramiento junto a Fernández Navarro y Obermaier) fue muy amplia y muy valiosa, y desempeñó un papel paisajístico destacado en sus obras geológicas y geográficas (véase Mollá Ruiz-Gómez, 2012).

¹⁹ La Sociedad Peñalara siempre consideró que el descubrimiento para el alpinismo de la Pedriza de Manzanares se debía a sus socios, y situó el comienzo de ese descubrimiento en la excursión que hicieron allí Bernaldo de Quirós y Meliá en marzo de 1908 (véase Bernaldo de Quirós, 1915). Ese descubrimiento se refirió también a su paisaje, uno de los más valiosos de la Sierra y durante algún tiempo también uno de los más ignorados, cuyo conocimiento y valoración moderna se debió en gran medida a las acciones de Peñalara, que comprendieron desde las conferencias e imágenes fotográficas a ella dedicadas, hasta la organización de procedimientos de transporte que facilitasen la llegada hasta allí desde Madrid. Y la Pedriza fue el lugar predilecto de la Sociedad en la Sierra de Guadarrama: allí se inauguró, en mayo de 1916, en la Umbría Calderón, su primer refugio, dedicado a Francisco Giner, y allí se conmemoró, en abril de 1922, la publicación del número 100 de la revista y se homenajeó a su director, Bernaldo de Quirós (véase García Bellido, 1922).

²⁰ La exposición de pintura de montaña de marzo de 1918, que se hizo en el patio del Ministerio de Estado, en la plaza de Santa Cruz, dedicada principalmente al paisaje de la sierra de Guadarrama, expresó también el interés por los asuntos artísticos de la Sociedad (que dijo de sí misma que era «propagandista entusiasta de todo cuanto con el arte se relaciona» [*Peñalara*, 46, octubre de 1917, p. 113]), y tuvo una envergadura notable: entre las casi ciento cincuenta expuestas, hubo obras de Joaquín Sorolla, Joaquín Mir, Juan Espina y Capó, Luis Huidobro, Francisco Domínguez Marqués, Francisco Núñez Losada, Agustín Lhardy y Félix Borrel. La exposición, cuyo Catálogo publicó la revista (*Peñalara*, 51, marzo de 1918, pp. 93-98), mereció comentarios francamente elogiosos del crítico de arte Francisco Alcántara en su sección sobre «La vida artística» del diario *El Sol* (15 y 27 de marzo de 1918), que reprodujo la revista (véase *Peñalara*, 52, abril de 1918, pp. 105-113).

emoción estética», y que esa muestra seguía la tendencia de «buscar el aspecto artístico de la fotografía y hermanar el interés documental, que siempre es necesario en la fotografía de montaña, con el efecto artístico, que la hace interesante aun a los que no sienten la afición a la montaña». Todo ello hacía que ese tipo de fotografía pudiese interesar por igual «al alpinista y al público en general, ya que nadie se muestra indiferente [añadía] ante un paisaje en el que la Naturaleza muestra sus más espléndidas bellezas» (González, 1918, p. 172).

Puede decirse, en fin, que la fotografía fue uno de los medios que más eficacia mostraron en la divulgación de los modos modernos de entender el paisaje llevada a cabo por la Sociedad Peñalara. Esa labor divulgativa de índole fotográfica se proyectó sobre todo a través de sus exposiciones anuales, algunas de cuyas obras más significativas se reprodujeron en la revista, y también mediante la participación de sus socios fotógrafos en muchas otras muestras, españolas y extranjeras. Candela, Tinoco y Victory, por ejemplo, participaron, a finales de los años diez y comienzos de los veinte, en varias ediciones del prestigioso Salón anual de Londres, instalado en el London Camera Club, y las fotografías del tercero fueron seleccionadas en más de una ocasión para formar parte de su publicación asociada, *Photograms of the Year* (véase Peñalara, 75, marzo de 1920, pp. 45-46; 83 y 84, noviembre y diciembre de 1920, p. 201; 95, noviembre de 1921, p. 229). También participaron diversos socios, a principios de los años veinte, en las primeras ediciones del Salón Internacional de Fotografía de Madrid, en cuya organización colaboró Peñalara, junto a la Real Sociedad Fotográfica y el Círculo de Bellas Artes, y de cuyo comité de admisión formaron parte, al principio, Antonio Victory y Francisco Andrada (véase González, 1921, 1922 y 1923)²¹.

²¹ El interés de la Sociedad Peñalara por la fotografía se tradujo también en la puntual información que dio su revista de las numerosas exposiciones y concursos organizados por otras entidades. Así sucedió, por ejemplo, con el curioso concurso cuya organización encargó la revista *Heraldo Deportivo*, entonces dirigida por Ricardo Ruiz Ferry, presidente de Peñalara desde octubre de 1916, tras la dimisión de Bernaldo de Quirós, a la Real Sociedad Fotográfica. Para rendir homenaje a «la mujer propagandista de la montaña» (a su presencia se atribuía, entre otros efectos beneficiosos, «el fundamento principal» del auge de los deportes de nieve en el Guadarrama), se organizó, en abril de 1917, un concurso de fotografías en el que el interés del paisaje de la sierra debía verse reforzado por el de sus acompañantes femeninas. Se definieron dos grupos para la clasificación de los trabajos presentados: el primero, formado por «paisajes de la sierra de Guadarrama, con figuras precisamente de señoras o señoritas alpinistas, conservando el paisaje el interés primordial»; y el segundo, de «figura o composición, sirviéndose únicamente de dichos modelos femeninos, y teniendo el fondo suficiente valor y detalle para poderse apreciar que las fotografías están hechas en la sierra» (*Heraldo Deportivo*, 64, 25 de febrero de 1917, p. 62). Con el título de «Concurso de fotografías de señoritas en la sierra», la revista *Peñalara* in-

Otras iniciativas se sumaron a la labor fotográfica de la Sociedad, como las proyecciones de fotografías organizadas regularmente en su sede, para las que se contó, desde febrero de 1917, con una linterna propia, o la formación de un archivo fotográfico de montaña que adquirió pronto un volumen notable (véase Peñalara, 39, marzo de 1917, p. 104). Y a ello hay que añadir, en fin, otra iniciativa de indudable interés paisajístico: la edición de series de diez tarjetas postales sobre lugares montañosos de alto valor editadas por la Sociedad. Fue éste un medio importante respecto de la difusión del conocimiento y la valoración del paisaje de montaña, ya que, como ha indicado Jean-Louis Guereña, la tarjeta postal actúa como un «verdadero reportero gráfico que a la vez informa y enseña», y lo que transmiten con ella quienes las envían no es sólo texto, sino «sobre todo imágenes (mensaje visual pues) que en cierto modo el remitente se apropia de una forma u otra» (Guereña, 2005, pp. 36 y 50). Las primeras series de tarjetas aparecieron en 1921: las dos iniciales, con fotografías de Andrada, Candela, González, Tinoco y Victory, se dedicaron al Guadarrama en general y a la Fuenfría en particular, y siguieron después otras sucesivamente dedicadas al valle de Ordesa, con fotografías de Victory, a la sierra de Gredos y a la Pedriza de Manzanares (véase Peñalara, 87, marzo de 1921, p. 60; 91, julio de 1921, p. 149; y 94, octubre de 1921, p. 212).

V. LA REVISTA PEÑALARA

A finales de 1925, diez años después de adoptar su carácter abierto, la directiva de la Sociedad Peñalara hizo un resumen de sus principales logros en ese periodo. Estaban, por una parte, sus albergues y refugios de la sierra de Guadarrama (el «hermoso y confortable» albergue de la Fuenfría, el «amplio» refugio de la Pedriza, y el del Ventisquero de la Condesa, en las Guarramillas, cedido en 1919 por la Sociedad Hidráulica Santillana), su hospedería de Ordesa, y su participación en otros refugios de montaña (el de Góriz, en los Pirineos, y el de Vega

formó de esta convocatoria: «Se trata [decía] de un concurso de fotografías hechas precisamente en Guadarrama, y en cuya composición deberán entrar, bien como asunto principal o complementario, una o varias figuras de señoritas en la sierra» (Peñalara, 38, febrero de 1917, p. 66). Las fotografías de los socios de Peñalara obtuvieron buenos resultados en este concurso: Victory logró el primer premio de paisaje con una fotografía titulada «Collado de la Marichiva» y el segundo de retratos, y Andrada y Madinaveitia consiguieron también segundos premios en el segundo grupo (véase *Heraldo Deportivo*, 74, 5 de junio de 1917, p. 195; 75, 15 de junio de 1917, p. 206; y 77, 5 de julio de 1917, p. 237).



FIGS. 3A-3B. «Camino de la Fuenfría» (izquierda) y «Albergue de Peñalara» (derecha). Estas dos fotografías de José Tinoco formaron parte de la serie II, dedicada a la Fuenfría (1921), de las *Postales de montaña españolas editadas por Peñalara*; en la segunda aparece el edificio que levantó allí la Sociedad y que comenzó a funcionar gradualmente en 1918. Colección particular de Tomás Arribas Martínez.

Redonda, en los Picos de Europa, levantados ambos por la Federación Española de Montañismo); y estaba, por otra parte, su revista, «una Revista única en su género [se decía], cuyas páginas ininterrumpidas durante su existencia, constituyen el más documentado archivo de datos de las montañas españolas» (*Peñalara*, 145, enero de 1926, p. 12). Fue «una de las más legítimas glorias de Peñalara», a la que la Sociedad dedicó en todo momento «especial atención» (*Peñalara*, 170, febrero de 1928, p. 47). Los responsables de Peñalara se mostraron, como se ve, orgullosos de su revista, y elogiaron, no sin razón, su importante papel en favor de un mejor conocimiento de las montañas españolas. Y los elogios no procedieron sólo del interior de la Sociedad: ya en una fecha tan temprana como 1915, dijo Eduardo Hernández-Pacheco, en

su prólogo al *Guadarrama* de Bernaldo de Quirós, que la revista *Peñalara* ocupaba un «muy importante lugar» en el Laboratorio de Geología del Museo de Ciencias Naturales, dirigido por él (Hernández-Pacheco, 1915, p. 5). Tales elogios no eran, desde luego, inmerecidos.

La revista *Peñalara* comenzó a publicarse en octubre de 1913, cuando se fundó la Sociedad, y la iniciativa se pudo poner en práctica, como ha indicado Tomás Arribas, gracias al «empuje» de Bernaldo de Quirós y a la generosidad de Fernández Zabala, impresor, que se encargó de confeccionar gratuitamente sus primeros números (Arribas, 2013c, p. 229). Apareció regularmente, con carácter mensual, hasta junio de 1936, sumando así, en total, en esta etapa anterior a la guerra civil, 24 años, con 270 números. Su concepción, su organización interna y

su orientación se debieron principalmente a Constancio Bernaldo de Quirós, que la dirigió durante casi doce años, desde su fundación hasta septiembre de 1925, y quien escribió muchas de sus notas sin firma, en las que no es difícil distinguir el estilo característico de su escritura. Fue la primera revista de alpinismo del panorama español²², y fue también sin duda la que más contribuyó en la etapa señalada a fomentar y mejorar el conocimiento y la valoración de la montaña. En ella se expresó con fidelidad, por ejemplo, el interés por fomentar «el desarrollo de las investigaciones científicas y el sentido cultural y educativo» de la sierra de Guadarrama que, como señaló Manuel Mollá Ruiz-Gómez, caracterizó en todo momento a la Sociedad Peñalara (Mollá Ruiz-Gómez, 1992, p. 325)²³.

Y, además, su papel en términos paisajísticos fue asimismo muy notable. Junto a las conferencias y a las actividades de carácter fotográfico, la revista *Peñalara*, siempre fiel al «sello de sobriedad y austeridad» que la caracterizó desde el principio (*Peñalara*, 28, abril de 1916, p. 101), desempeñó un papel importante en la difusión del modo moderno de entender el paisaje. En ella se publicaron con regularidad artículos más bien teóricos sobre la caracterización y los valores del paisaje, y sobre los beneficios de variada índole que podía proporcionar su proximidad, y otros centrados sobre todo en las experiencias paisajísticas derivadas de la práctica montañera. Todo ello conformó el meollo de la notable dimensión paisajística de la revista, que se complementó además con las numerosas fotografías de paisajes que aparecieron de manera habitual en sus números sucesivos. Comenzó titulándose *Boletín Mensual Ilustrado*, y pronto convirtió ese subtítulo en el de *Revista Ilustrada de Alpinismo*, insistiendo así siempre, como se ve, en su atención a las ilustraciones, sobre todo fotográficas, y debidas en general a sus socios, que ayudaron también eficazmente a divulgar la imagen del paisaje de montaña.

La revista fue el más acabado exponente de la sostenida atención de la Sociedad a «las múltiples manifes-

taciones de la ciencia y la cultura asociadas a la montaña» (Martínez de Pisón y Mollá Ruiz-Gómez, 2012, p. 215). Y entre esas manifestaciones, estuvieron las de índole paisajística, presentes en numerosos artículos, que llegaron incluso a conformar una sección especial de la revista, denominada «Paisajes españoles», que se inició en mayo de 1929 con una colaboración del socio Luis Rodríguez Martín sobre la isla de Mallorca (véase *Peñalara*, 185, mayo de 1929, p. 123). La influencia gineriana e institucionista del paisajismo de la Sociedad Peñalara se mostró con meridiana claridad en las páginas de su revista. Alberto de Segovia, uno de los socios fundadores, se refirió en varias ocasiones al significado y al alcance de esa influencia. En el número de junio de 1914 de *Peñalara*, publicó un artículo («La montaña») verdaderamente significativo en este sentido, cuyo punto de partida fueron las ideas ofrecidas por Francisco Giner, su «querido maestro», en el artículo titulado «Paisaje» (véase Segovia, 1914). Resumió los aspectos que consideraba principales de la concepción gineriana del paisaje, y su opinión sobre la masculinidad del de Guadarrama, que Segovia consideraba generalizable a toda la montaña. En esa generalización y en la incorporación de lo dicho por Giner sobre la estrecha conexión que cabe establecer entre el hombre y el paisaje, sobre los beneficiosos efectos (físicos, intelectuales, estéticos y morales) que el contacto con el segundo procura al primero, apoya Segovia su afirmación del carácter hondamente regenerador del alpinismo, que expone en términos que no ocultan su deuda con el horizonte gineriano, y que entroncan, yendo un poco más lejos, con el modo tradicional de entender esa práctica, habitual en los planteamientos originales de los clubes y sociedades de alpinismo de todo el mundo, y del que, como vimos anteriormente, Whympfer ofreció un acabado ejemplo.

Al volver de la montaña [afirma Segovia] está más fuerte el ánimo. Se regresa de ella con el alma vigorizada, nuevas las energías y prestas a la labor diaria. Aquella luz y el aire aquél hacen en el espíritu y en el cuerpo efectos de talismanes prodigiosos y se torna a la ciudad más optimista, más seguro de uno mismo, dueño de mayores esperanzas en el porvenir y hasta de más ilusiones y ensueños. Es el paisaje alpestre que nos eleva al lado suyo y nos coloca moralmente a la altitud geológica en que está. Como escuela de educación ética es esto la montaña y además —estéticamente— la sensación de ella constituye el más noble, puro y profundo placer. (Segovia, 1914, p. 109)

El mismo Segovia publicó después, en *España Forestal*, otro artículo, «Psicología y estética del paisaje», igualmente derivado del de Giner. Tras una primera parte que repite la del anterior, se adentra el autor en una consi-

²² *Alpina*, la revista del Club Alpino Español, comenzó a publicarse, con carácter trimestral, en agosto de 1918, casi cinco años después que *Peñalara*, en cuyas páginas se dijo que la primera podía considerarse su hermana menor y que era «no poco parecida» a ella (*Peñalara*, 56, agosto de 1918, p. 233).

²³ El trabajo citado de Manuel Mollá Ruiz-Gómez, versión abreviada de su tesis doctoral, ofrece una muy interesante presentación de la aportación de la Sociedad Peñalara al descubrimiento de la sierra de Guadarrama, deteniéndose en dos aspectos fundamentales: el significado de la obra de Bernaldo de Quirós, fiel en todo momento al «viejo espíritu del grupo de Los Doce Amigos, empeñado en el conocimiento de la Sierra y en la mejora de las condiciones de vida de sus habitantes», y el carácter de su excursionismo (véase Mollá Ruiz-Gómez, 1992, pp. 324-342).

deración de carácter marcadamente geográfico sobre los elementos constitutivos del paisaje, que responde plenamente, como había respondido en la geografía del siglo XIX y en los planteamientos de Giner, a una concepción eminentemente naturalista. Es decir, a la concepción del paisaje como paisaje natural, que no excluye, sin embargo, la presencia del hombre. «La totalidad de los factores de la Naturaleza [escribe Segovia], sólo por serlo, forman parte del paisaje en su concepto genérico, en su concepto tipo, y pueden formar parte de cada paisaje concreto. De aquí que el hombre, tanto en sí como en sus distintas obras, constituye uno de los elementos del paisaje» (Segovia, 1918, p. 64). Tres son, según él, los grupos de elementos integrantes del paisaje: los vivos (plantas, animales y hombres), los inorgánicos (suelo, agua y construcciones diversas) y los mixtos (cielo y meteoros). En algo recuerda esta clasificación a la que propuso después Eduardo Hernández-Pacheco en su discurso de la sesión inaugural del curso 1934-35 de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (véase Hernández-Pacheco, 1934)²⁴.

Y, en sintonía con la perspectiva del paisajismo moderno y, más concretamente, con lo dicho por Giner sobre el asunto, al que sigue en este punto con extrema fidelidad, añade Segovia (1918, p. 64) que el hombre percibe el paisaje «por el conducto de todos sus sentidos». El artículo concluye con unas consideraciones sobre las correspondencias que cabe establecer entre el paisaje y los grupos humanos que lo habitan, que resultan igualmente elocuentes de la adopción del horizonte paisajístico moderno promovido en España por el círculo gineriano e institucionista, y que se acercan mucho, con su enfoque naturalista, a algunos de los planteamientos geográficos ofrecidos en ese sentido por Eduardo Hernández-Pacheco o Juan Dantín Cereceda.

El estudio del concepto del paisaje [escribe] es un libro abierto a todo espíritu un poco amante de la Naturaleza, en los maravillosos campos que poseemos en esta tierra española. Un libro que tiene extraordinario valor estético y mucha importancia, como base sólida en que fundamentar la sociología del carácter de los pueblos. Todo hombre, todo individuo, forma parte de un tipo de paisaje, pero, a la vez, es producto de este mismo paisaje, en el sentido de que recoge de su medio natural, en lo que el paisaje consiste, los factores que reunidos constituyen su ética, su ideología, sus opiniones políticas. De esta consideración se deduce la importancia del estudio del paisaje. (Segovia, 1918, p. 64)

²⁴ El discurso de Hernández-Pacheco («El paisaje en general y las características del paisaje hispano») se reprodujo íntegramente en 1935 en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, y se dio también noticia de él en la revista *Peñalara* (251, noviembre de 1934, p. 271).

La huella del razonamiento geográfico moderno y del modo de entender el paisaje que, apoyándose en él, promovieron en España Giner y la Institución Libre de Enseñanza es muy patente en los escritos de Alberto de Segovia. Pero no fue el único que evidenció esa relación en la Sociedad Peñalara y en su revista. En varias ocasiones se recordaron en las páginas de ésta, por ejemplo, los benéficos efectos de toda índole que cabía obtener mediante el contacto directo con la naturaleza y el paisaje. Humboldt (1874-1875, t. 1, p. 4) había hablado ya de los «beneficios» derivados del «simple contacto del hombre con la naturaleza», y Giner (1886, p. 103) se había referido al «vivo estímulo con que favorecen la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor a las cosas morales que brota siempre al contacto purificador de la Naturaleza». En esa línea, Eduardo Alfonso, médico y socio de Peñalara desde 1915, recordó, por ejemplo, el efecto de regeneración física y moral producido por el contacto con la naturaleza, y dijo además que «fortalecer el cuerpo y ennoblecer el espíritu» debían ser los fines principales del alpinismo (Alfonso, 1917-1918, p. 1). En otra ocasión, siguiendo muy de cerca la opinión expuesta por Giner en su «Paisaje», habló de la «higiene de espíritu» producida en la esfera moral por el contacto con la naturaleza, y resumió los efectos benéficos de ese contacto con palabras elocuentes: junto a las emociones estéticas, dijo, «se muestran al espíritu cierto género de sensaciones vagamente definidas, que, sumadas al bienestar físico, inducen sanos pensamientos, nobles ideas y cierta misericordia por aquellos otros hombres que arrastran su miseria física y moral en el ambiente morboso de los pueblos que desde las cumbres se dominan» (Alfonso, 1918, p. 206).

Esta manera de entender el paisaje y los beneficiosos efectos derivados del contacto directo con él, de ascendencia geográfica e institucionista, se manifestó también con claridad en los numerosos relatos de la práctica montañera de sus socios publicados en la revista. Tales relatos constituyeron una parte cuantitativa y cualitativamente importante de la publicación, y en ellos es posible encontrar algunas de las manifestaciones más vívidas y penetrantes del modo de pensar y sentir el paisaje asociado a la dedicación alpinista de la Sociedad, a la mentalidad fraguada en su seno. No es difícil descubrir en ellos las claves del paisajismo moderno, con sus referencias geográficas e institucionistas, incluyendo, claro está, la primera de esas claves: la necesidad de aunar la mirada explicativa, científica, a menudo asociada a la vertiente descriptiva de la narración, y la mirada comprensiva, sentimental, que

traduce la vivencia misma del acercamiento al paisaje. La conjunción entre explicación-descripción y sentimiento, patente en muchos de esos relatos, incorpora uno de los rasgos distintivos de la retórica geográfica del paisaje, habitual, desde tiempos de Humboldt, en los escritos de sus mejores intérpretes (véase Ortega Cantero, 2007).

Los relatos se refirieron, en numerosas ocasiones, a las excursiones colectivas de la Sociedad, muchas de las cuales se dirigieron a la sierra de Guadarrama, a «sitios interesantes» con deficiente «comunicación ordinaria» (Peñalara, 121, enero de 1924, p. 12). La primera de estas excursiones se hizo a la sierra del Cuchillar, un fin de semana de julio de 1914, dirigida por Alberto Oetli, con la idea subir al Picorzo Chico de noche y ver desde allí la salida del sol, y el anuncio que de ella se hizo en la revista animaba a los posibles participantes con las siguientes palabras: «Se advierte que es noche de luna y que la vista desde el Picorzo Chico es una de las más bonitas de nuestra Sierra» (Peñalara, 9, junio de 1914, p. 116). A ésta sucedieron muchas más, y las narraciones que de ellas se publicaron en la revista ofrecieron múltiples muestras del aliento paisajista que solía acompañarlas. Veamos un ejemplo, ilustrativo a su manera de dos aspectos significativos: por una parte, la convergencia de consideraciones descriptivas y explicativas, meteorológicas en este caso, y consideraciones estéticas, sentimentales y comprensivas; y, por otra, la presencia explícita, junto a lo anterior, de la dimensión física, deportiva de la experiencia. Se trata de una excursión colectiva a Peñalara que se hizo a mediados de junio de 1918, de la que se escribió en la revista lo que sigue:

El espectáculo que observamos [desde la cumbre de Peñalara] es grandioso, pues empiezan las nubes a rasgarse y descender, y entonces tenemos a nuestros pies un inmenso mar de nubes que va adoptando caprichosas formas debido a dos corrientes de aire, una, la mayor, procedente de la Mujer Muerta, y otra la de las Cabezas de Hierro, que al encontrarse suben en remolinos que simulan estrellarse contra Siete Picos.

Por el valle del Lozoya el panorama ha quedado amplio y despejado, viéndose, tanto El Paular como los pueblos sitos en el valle, muy claramente.

Si bien la vista es espléndida, el frío que sentimos no es menos grande, pues anotamos la temperatura a las ocho y diez y resulta ser -5° C, y resguardados lo mejor posible en unas rocas, damos reposo al cuerpo y almorzamos. (Loredo, 1918, p. 203).

Otros textos de la revista contienen reflexiones e impresiones paisajísticas conectadas con otras experiencias montaÑeras, individuales o no, al margen de las de carácter colectivo. Entre ellas se encuentran, sin duda, los testimonios más expresivos y valiosos, y en ocasiones

también los mejor escritos, del modo moderno de ver y valorar el paisaje que estamos considerando aquí. Sin ánimo de acumular ejemplos en esta dirección, veamos algunas muestras que, por diversas razones, resultan particularmente elocuentes. La primera de ellas procede del artículo que, en la sección de «Documentos» de la revista, publicó Antonio Victory en enero de 1915, sobre una de sus excursiones a la Najarra. Tras referirse a la llegada en diligencia a Miraflores de la Sierra, con algunas descripciones notables del cambiante panorama que fue viendo a lo largo del camino, habla del ascenso a la cumbre de la Najarra y expone después, con un énfasis colorista indudablemente relacionado con su dedicación fotográfica, su visión y su impresión del paisaje que desde allí pudo dominar:

Frente a nosotros se levantan los soberbios riscos que parecen la cumbre desde Miraflores: ásperos, negros, respetados por la nieve que se amontona a su alrededor en mayor cantidad que en ninguna otra parte de la montaña. A la derecha, allí abajo, el tranquilo remanso de Santillana, y a continuación la accidentada muralla de la Pedriza, por encima de la cual asoma la cabeza de la Maliciosa; sigue, ya a nuestra espalda, la cuerda larga, toda blanca, dominada por Hierro; después, Peñalara, en su costado más grandioso, y toda la Somosierra, hasta el puerto de su nombre, cerrando el círculo del horizonte la línea de montañas que separa Madrid de Guadalajara.

Cuando el sol se va retirando tras la Pedriza, se vuelve más oscuro el verdinegro de los pinares que rodean Peñalara; una neblina envuelve las manchas parduzcas de los pueblos del valle; las montañas acentúan su color azulado, y la nieve de las cumbres se sonroja al último saludo del astro, mientras el cielo va pasando por todas las maravillosas tonalidades del crepúsculo de las sierras castellanas. (Victory, 1915, p. 2)

La cercanía a los planteamientos de Francisco Giner que vimos antes en sus escritos más teóricos, se percibe igualmente en las impresiones paisajísticas concretas de Alberto de Segovia, en las que incluso la adjetivación manifiesta esa proximidad. En el Pardo, por ejemplo, frente al «panorama agosto de la cercana sierra que se levanta incommovible y magnífica», habla Segovia del «grave encinar», de «la silente soledad del austero paisaje» (Segovia, 1918, p. 268). Gravedad y austeridad fueron términos utilizados habitualmente por el círculo gineriano e institucionista para caracterizar el paisaje castellano, y quienes recogieron su legado paisajístico (como, por ejemplo, los escritores de la generación del 98) y se acercaron después a ese mismo paisaje los utilizaron también con mucha frecuencia. Su uso por parte de Segovia remite igualmente sin duda a ese legado, a la valoración del paisaje de Castilla acuñada por Giner y la Institución, que conformó una especie de canon para todo el paisajismo posterior.

Hay otro aspecto en el que también es posible percibir el eco de la perspectiva de Giner y la Institución: el que se refiere al sentimiento del paisaje, a la impresión producida por el contacto directo con él. Es éste un aspecto habitual, desde luego, en todo el paisajismo moderno, que también se manifestó con claridad y con notable intensidad en Giner. En lo alto de las Guarramillas, al ponerse el sol, durante una de sus excursiones con compañeros y alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, Giner pudo contemplar el paisaje castellano y serrano que tenía alrededor, con los matices y los contrastes de sus colores, y tuvo una sensación que él mismo consideró inolvidable. «No recuerdo [escribí] haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa» (Giner de los Ríos, 1886, p. 103). Sentimientos parecidos ofrecen muchos de los relatos montañosos de la revista *Peñalara*, y algunos de ellos muestran además un cierto parentesco con las experiencias ginerianas e institucionistas en ese sentido. Desde la cumbre de Cueva Valiente, sobre El Escorial, dominando un «panorama magnífico», ante una vista de las más altas cimas del Guadarrama que equivalía a «una lección práctica de orografía», habla Meliá, por ejemplo, de la impresión allí sentida. «Gozosos permanecemos allí un gran rato [escribe], mirando unas veces Segovia, otras la sierra de Malagón, otras Madrid, recreándonos en reconocer cuantas cumbres se ven desde allí. ¡Qué gran placer el de esos momentos!» (Meliá, 1917, p. 74). Y en otra ocasión, evocando el ascenso a la Maliciosa, habla de «la emoción que se siente al pisar esta cumbre fantástica», y añade que «la dicha será mayor» si se tiene la suerte de «contemplar el mar de nubes», que produce, desde esa altura, «la sensación de algo sobrenatural» (Meliá, 1914, pp. 26-27).

La visión gineriana e institucionista del paisaje incorporó, como dijimos, las claves del paisajismo geográfico moderno, y, entre ellas, la búsqueda de una convergencia equilibrada de la visión racional y la sentimental. El artículo de Giner de 1886 es, en este sentido, verdaderamente ejemplar: a la visión racional, científica y explicativa, del paisaje de Castilla y la sierra de Guadarrama, atendiendo sobre todo a su caracterización geológica y botánica, sucede, sin desconectarse de aquélla, la visión sentimental, estética y comprensiva, que se adentra en sus valores, cualidades y significados (véase Giner de los Ríos, 1886). En esa línea, iniciada en España por el horizonte gineriano e institucionista, se sitúan algunos de los relatos montañosos de la revista. Sin ser el único, el caso de Lucas Fernández Navarro es, por diversas razo-

nes, uno de los más valiosos desde ese punto de vista. No sólo sabe aunar en sus escritos, con criterio sólido, los dos puntos de vista mencionados, sino que sabe hacerlo, además, con soltura literaria y buen ritmo narrativo. Sus relatos son, desde luego, equiparables a los que ofrecieron, desde tiempos de Humboldt, los mejores exponentes de la tradición geográfica moderna. Veamos algunos ejemplos.

Fernández Navarro obtuvo, en noviembre de 1909, una delegación de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas para estudiar la erupción del volcán Chinyero, en Tenerife. Tras esta primera visita, realizó sucesivamente otras, también pensionado por la Junta, para estudiar la constitución geológica y volcánica de las islas Canarias. Fue un estudio amplio y detallado, que abarcó todas las islas del archipiélago, con especial atención al complejo volcánico del Teide, y que dio lugar a varios artículos aparecidos en diversas revistas científicas. Además, Fernández Navarro habló de la experiencia excursionista, montañera, asociada a esos estudios en algunos artículos publicados en la revista *Peñalara*, en los que ofreció una visión del paisaje apoyada al tiempo en la mirada racional y en la sentimental. En el número de marzo de 1918, se incluyó uno de esos artículos, dedicado a su visión desde la Boca de Tauze. Gozó desde allí, escribe, de «una vista espléndida del Teide, quizá la más interesante de este conjunto, accidentada de forma y rica de color», y detalló los componentes principales de aquel «labyrintho de tierras quemadas», entre los que se contaban los Roques de Chavado, «retorcidos, fantásticos, de siluetas absurdamente atrevidas», los Últimos Roques, «en que la caldera se deprime hasta unirse con la ladera de Bilma, enorme plano inclinado tendido desde los 3.707 metros del Teide hasta el nivel del mar», y «los Roques por antonomasia», a los que Smith llamó *lunar rocks*, que «tienden su almenada cortina del Guajara al Teide» (Fernández Navarro, 1918, pp. 70-71). Y esa descripción del paisaje volcánico del Teide se ve acompañada por el hondo sentimiento que, también en este caso al anochecer, su contemplación produce:

Mientras bosquejo mis impresiones [escribe Fernández Navarro] la tarde ha ido cayendo y estamos en la penumbra del crepúsculo. ¡Oh serena impresión de grandeza! Ni un latido. El viento ha callado; dejaron de oírse las últimas esquilas; los rumores de los insectos se extinguieron... La Naturaleza toda parece interrumpir su vida, sumirse en el no ser, prepararse para algo grandioso.

La solemnidad del momento se impone a nosotros como a todo lo creado, y mudos, empequeñecidos, impregnados de una vaga ternura, sólo tenemos ojos para empaparnos del cuadro augusto, sólo tenemos alma para rendirla a la brava Naturaleza que nos envuelve.

Hemos vivido minutos sublimes. Hemos estado en íntima comunión con la montaña, y por ningún goce cambiaríamos el atardecer de este hermoso día de agosto en la Boca de Tauze. (Fernández Navarro, 1918, p. 71)

Parecida confluencia de descripción y sentimiento se encuentra en otros relatos montañosos de Fernández Navarro publicados en la revista. Los que se refieren a la sierra de Guadarrama incorporan además a menudo el léxico que acuñó Giner para caracterizar su paisaje. Desde el Pico de la Miel, junto a La Cabrera, por ejemplo, los ojos pueden saciarse, dice, «de belleza, de amplios horizontes, de perspectivas soberbias». Y cerca de allí, en lo alto del Cancho Gordo o Cancho de la Cruz, añade, puede verse «un paisaje en que se aúnan la gracia y la severidad, un paisaje muy serrano, y aun diría que muy español», en el que, «sobre el fondo arisco de la roca granítica, los restos de un convento, ni muy grande ni muy adornado, destacan sus líneas severas» (Fernández Navarro, 1916, p. 39). Otra vez encontramos aquí, como se ve, adjetivaciones de estirpe gineriana (austeridad, severidad) para el paisaje castellano. Igualmente expresivos de su visión del paisaje son los textos de Fernández Navarro dedicados al valle del Lozoya, ámbito que estudió tempranamente, como vimos, y conocía bien, o a alguno de sus lugares significativos en términos naturales y paisajísticos²⁵. Fue el caso de su breve y elocuente relato sobre la Hoya de la Sabuca de Alameda, entre los puertos de Mal Agosto y Navafría, a la que puede llegarse siguiendo el arroyo de la Sabuca, cuyo barranco, dice, «es hermosísimo y, sobre todo a la vuelta, ofrece encantadoras perspectivas y una salida al valle de belleza insuperable». Pero él llegó a la Hoya por otro camino, que aconsejó a «los alpinistas algo probados», subiendo al puerto del Reventón y siguiendo luego la cuerda montañosa hasta el puerto de Mal Agosto, con «vistas espléndidas sobre Castilla la Vieja y sobre la Sierra de Guadarrama y Valle del Lozoya» a lo largo de todo el recorrido. Así llegó a las cercanías de la Hoya, cuyas altas peñas se levantaban «imponentes». Y el relato se completa con lo que el autor denomina «índice geoló-

²⁵ Además de su ya mencionada monografía geológica sobre el valle del Lozoya (véase Fernández Navarro, 1915), dedicó una conferencia a ese ámbito, en febrero de 1918, dentro del ciclo organizado por Peñalara, que se publicó después en el *Heraldo Deportivo* (iv, 103, 25 de marzo de 1918, pp. 83-88). Antes, en 1915, había publicado otro artículo en *La Lectura* (xv, 171, marzo de 1915, pp. 260-271) sobre ese «delicioso valle, acaso el paisaje más encantador de la vecina sierra, y sin duda uno de los más bellos de la península». Estos dos artículos, de tono divulgador, son ejemplos verdaderamente elocuentes de la capacidad de Fernández Navarro para aunar, con una escritura clara y precisa, la explicación y la comprensión del paisaje.

gico de la excursión», con datos sobre la caracterización natural del camino recorrido (Fernández Navarro, 1913, pp. 17-18).

El paisaje de la Pedriza de Manzanares protagonizó muchos de los escritos aparecidos en la revista Peñalara. Ya dijimos que la Sociedad mantuvo con ese paisaje una relación particularmente estrecha, y a él dedicaron dos de sus socios más destacados (el propio Bernaldo de Quirós y Fernández Navarro) sendos estudios²⁶. El carácter de ese paisaje, su originalidad y su belleza, fue uno de los factores que se tuvieron en cuenta para levantar allí el primer refugio de la Sociedad, desde el que se esperaba poder contemplar «el más imponente panorama de montaña que en el Guadarrama puede ofrecerse» (*Peñalara*, 12, diciembre de 1914, p. 167). Y era, además, un paisaje especialmente adecuado para la práctica montañera. En la revista se habló de «un paisaje fantástico y grandioso, teatro para todas las formas del alpinismo, desde el más pacífico al más intrépido y heroico» (*Peñalara*, 23, noviembre de 1915, p. 173). En el capítulo que dedicó en su estudio al paisaje de la Pedriza, que comienza recordando precisamente a Giner y sus consideraciones sobre la estética geológica, Bernaldo de Quirós dijo de ella que era nuestra Nanga Parbat, «en el modesto Himalaya de nuestro Guadarrama», un paisaje «de pura roca», un «desnudo geológico», que exigía, para ser entendido y gozado, «una cultura muy avanzada en el paisaje o tener, sin ella, por naturaleza, un espíritu de gran afinidad con la montaña». Era, en fin, un paisaje a la medida del «verdadero montañero» (Bernaldo de Quirós, 1921, pp. 39-40, 43-44)²⁷.

Las excursiones a la Pedriza y las noticias y los relatos de esas excursiones en la revista fueron frecuentes.

²⁶ El primero publicó en 1921 su trabajo sobre la Pedriza (véase Bernaldo de Quirós, 1921), que fue reeditado dos años después, corregido y aumentado, pero sin las fotografías de la primera edición, por la Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística (véase Bernaldo de Quirós, 1923). Fernández Navarro, por su parte, estudió la caracterización granítica de la Pedriza, asunto sobre el que presentó una comunicación y dio una conferencia en el Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias que se celebró, en julio de 1921, en Oporto (véase Fernández Navarro, 1921a), que repitió después, en noviembre de ese mismo año, en la sede de la Sociedad, y de la que la revista publicó un extracto (véase Fernández Navarro, 1921b).

²⁷ La caracterización que propone Bernaldo de Quirós del «verdadero montañero» es un acabado retrato del ideario de la Sociedad Peñalara en este orden de cosas (muy cercano al horizonte institucionalista): «recorre las sierras en parejas o pequeños grupos silenciosos, vestidos de tonos oscuros, tendiendo a confundirse, por lo menos de lejos, con las gentes del país, de cuyo trato sabe siempre extraer provechosas enseñanzas, enamorado apasionadamente — en la variedad activa — de las escaladas emocionantes sobre las peñas vivas, o — en la variedad contemplativa — incansable gustador y rebuscador de todas las producciones de la montaña, desde los duros cristales de las rocas a las coplas aladas, intangibles, que lanza a la clara luz del espacio sereno la voz delgada y lejana de la pastora cantando en el valle» (Bernaldo de Quirós, 1921, p. 44).

En diciembre de 1915, ascendieron a la Peña del Diezmo Bernaldo de Quirós y Victory, con algunos compañeros más y el guía Valentín Parra. Descubrieron nuevos caminos de ascenso (el «corredor del Miedo», la «vía Valentina»), encontraron vestigios de una misteriosa argolla en la cumbre de la que habían oído hablar en varios pueblos de los alrededores, y dejaron en su relato de la excursión algunas consideraciones interesantes sobre el paisaje: la «insuperable belleza» del barranco que les dio a conocer el guía, donde el «bárbaro amontonamiento de rubios peñascos desnudos y pulimentados que se sucede desde la Hoz Cimera a la Hoz Bajera» se ve sustituido por «un paisaje más noble y elegante, aunque también menos en el tipo de la Pedriza, recordando los paisajes graníticos más frecuentes y excediéndoles en intensidad y proporciones», con «altísimas paredes oscuras deshechas a su término en fantástica crestería» cerrando el estrecho paso, «alfombrado por espesísimos brezos» (*Peñalara*, 24, diciembre de 1915, p. 184).

Joaquín García Bellido recordó en uno de sus artículos lo que le había dicho Zabala sobre aquel paisaje («cuando usted vea la Pedriza confesará que es la parte del Guadarrama más interesante para el excursionista»), y su propia constatación de la certeza de esas palabras. «Si queréis hacer excursiones para admirar bellos panoramas [escribió a continuación], para contemplar los más variados y fantásticos paisajes de rocas, y, sobre todo, para que cada excursión, por muchas que hagáis, os reserve sorpresas, descubrimientos, aspectos nuevos; id a la Pedriza» (García Bellido, 1916, p. 57).

A través de sus artículos y sus relatos montañosos, la revista *Peñalara* ofreció, en suma, un conjunto de imágenes del paisaje que incorporaron y proyectaron los modos de verlo y valorarlo de ascendencia geográfica inicialmente promovidos en España por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza. De ese modo contribuyó la revista a divulgar, a dar a conocer, el paisajismo geográfico moderno, con sus claves intelectuales y estéticas, y también con sus dimensiones de índole patrimonial e identitaria. El paisaje fue para la mentalidad de Peñalara, lo mismo que para el círculo gineriano e institucionista, un hecho patrimonial, algo que formaba parte del patrimonio colectivo, y fue además un hecho indisoluble de la propia identidad histórica y nacional. Todo ello está, de manera más o menos explícita, a veces como sustrato subyacente, en la perspectiva paisajística de la Sociedad Peñalara, y ello también traduce el eco directo del horizonte gineriano e institucionista. La conexión entre paisaje y patrimonio suele manifestarse con relativa claridad en los testimonios montañosos de los socios de Peñalara,

como indica, por ejemplo, el uso frecuente de adjetivos posesivos («nuestro Guadarrama», «nuestra sierra», «nuestra montaña») al hablar de los paisajes españoles. Y la relación entre paisaje e identidad, casi siempre presente aunque no siempre explícita, se manifiesta igualmente en diversos escritos, entre los que se cuentan algunos de los más significativos del propio Bernaldo de Quirós. En el relato de su primera excursión, en septiembre de 1902, a la Cartuja del Paular, escribió, por ejemplo, que desde el puerto de Navacerrada «se divisa la tierra pajiza de Castilla, llana y austera como el carácter de los que en ella nacen» (Bernaldo de Quirós, 1902, p. 306).

También aparece en ocasiones con ejemplar claridad, sin escindir, la triple conexión señalada. La dimensión patrimonial e identitaria del paisaje, asociada a la propia historia de la que aquélla deriva, alienta, por ejemplo, en un texto de Enrique de Mesa dedicado a Peñalara: desde su cumbre, dice, se otean las dos Castillas, «la vieja Castilla, ennoblecida por los hidalgos cuerdos, y la nueva Castilla, sublimada por el hidalgo loco», es decir, «el solar del Cid y la tierra de don Quijote» (Mesa, 1910, p. 24). Y hablando también de Peñalara, Bernaldo de Quirós, utilizando las interpretaciones y las metáforas de José Macpherson, ofreció consideraciones que, con sus referencias naturales e históricas, remiten con bastante claridad a esa triple conexión: «Ésta es, en la serranía del Guadarrama, la más alta cumbre de la cordillera, columna vertebral de España, que, en la constitución del macizo peninsular, es y aparece como la porción más antigua y resistente y el centro de agrupación —lo mismo, pues, que en lo político y social— a que se unieron después levantamientos posteriores» (Bernaldo de Quirós, 1905, pp. 34-35).

VI. CONCLUSIÓN

De todo lo dicho hasta aquí cabe obtener una conclusión general: la Sociedad de Alpinismo Peñalara incorporó a su ideario, a su mentalidad colectiva, las claves del paisajismo geográfico moderno, y contribuyó de forma notable a divulgarlas a través de sus diversas actividades. El pensamiento geográfico moderno conformó un nuevo modo de entender el paisaje, de verlo y valorarlo, ejercitando al tiempo, equilibradamente, la mirada científica y la estética, la razón y el sentimiento, y sin perder de vista sus valores patrimoniales e identitarios. En esa perspectiva se apoyó el acercamiento al paisaje español protagonizado por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza, que abrió el camino a las experien-

cias posteriores (intelectuales y deportivas) en esa misma dirección. La Sociedad Peñalara, con Bernaldo de Quirós en cabeza, tuvo una influencia directa y notable del círculo gineriano e institucionista, que abarcó desde la forma de concebir su asociacionismo, hasta la manera de practicar las excursiones y entender el paisaje. A través de sus conferencias, de sus diversas actividades fotográficas y de su revista ilustrada, la Sociedad Peñalara, heredera voluntaria de las ideas y actitudes de Giner y del institucionismo, desempeñó un papel considerable en la difusión del paisajismo geográfico moderno. Fue así un factor importante de proyección del modo de entender el paisaje acuñado, desde tiempos de Humboldt, por el pensamiento geográfico moderno.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFONSO, Eduardo (1917-1918): «Cómo debe practicarse el alpinismo (algo de fisiología e higiene)». *Peñalara*, 44, agosto [1917], pp. 37-40 y 43; 49, enero [1918], pp. 1-6.
- (1918): «El influjo moral de la Sierra». *Peñalara*, 55, julio, pp. 205-207.
- AMÉZUA, Manuel de (1916): «El Club Alpino Español». *Heraldo Deportivo*, II, 33, 15 de abril, pp. 103-124.
- ARRIBAS MARTÍNEZ, Tomás (2013a): «Los doce fundadores de Peñalara». *Peñalara*, 543, primer trimestre, pp. 6-10.
- (2013b): «Los otros ocho fundadores de Peñalara». *Peñalara*, 544, segundo trimestre, pp. 66-68.
- (2013c): «Los libros y las revistas “peñalaros”», en E. Martínez de Pisón (coord.): *100 años de Peñalara*. Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, Madrid, pp. 229-238.
- BERNALDO DE QUIRÓS, Constancio (1902): «En la Cartuja del Paular». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXVI, 511, 31 de octubre, pp. 305-312.²⁸
- (1905): *Peñalara*. Viuda de Rodríguez Serra (Biblioteca Mignon, XLV), Madrid.*
- (1915): «Cómo fue descubierta y explorada la Pedriza de Manzanares». *Peñalara*, 21, septiembre, pp. 129-134.*
- (1917): «El descubrimiento del Guadarrama». *Heraldo Deportivo*, 93, 15 de diciembre, pp. 429-432.
- (1918a): «Hernández-Pacheco, Fernández Navarro, Obermaier». *Peñalara*, 51, marzo, pp. 79-80.*
- (1918b): «Andanzas castellanas». *Peñalara*, 52, abril, pp. 116-117.
- (1918c): «España, centro del mundo». *Peñalara*, 55, julio, pp. 210 y 213.
- (1918d): «El descubrimiento del Guadarrama». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XLII, 694, 31 de enero, pp. 25-31.*
- (1919): «Nuestro pirineísmo». *Peñalara*, 69, septiembre, pp. 249-251.
- (1921): «La Pedriza de Manzanares». *Anuario del Club Alpino Español*, 1921, pp. 8-80 + 22 pp. finales de fotografías sin numerar.
- (1923): *La Pedriza del Real de Manzanares*. Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, Madrid, 2.^a ed., corregida y aumentada.*
- (1964): «Recuerdos y enseñanzas de don Francisco Giner», en *Estudios Jurídicos en Homenaje al Profesor Luis Jiménez de Asúa*. Abeledo-Perrot, Buenos Aires, pp. 167-203.
- COSGROVE, Denis, y Veronica della DORA (2008): «Introduction. High Places», en D. Cosgrove y V. della Dora (eds.): *High Places. Cultural Geographies of Mountains, Ice and Science*, I. B. Tauris, Londres/Nueva York, pp. 1-16.
- ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, Cayetano (dir.) (1988): *Peñalara, 75 años. 1913-1988*. Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, Madrid.
- ESTATUTOS (1913): «Estatutos de la Sociedad Peñalara». *Peñalara*, 1, octubre, p. 1.
- FERNÁNDEZ NAVARRO, Lucas (1913): «La Hoya de la Sabuca de Alameda». *Peñalara*, 3, diciembre, pp. 17-18.
- (1915): *Monografía geológica del valle del Lozoya*. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid (Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Serie Geológica, 12).
- (1916): «Cuatro días de Sierra: de La Cabrera a Canencia». *Peñalara*, 32, agosto, pp. 38-40 y 43.
- (1918): «En la Boca de Tauze (Hojas de mi diario)». *Peñalara*, 51, marzo, pp. 69-71.
- (1921a): «La Pedriza de Manzanares. Topología de una región granítica bien típica», en *Octavo Congreso, celebrado en la ciudad de Oporto del 26 de junio al 1.º de julio de 1921*. Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, Madrid, t. II (*Conferencias*), pp. 129-135 + 5 láms.
- (1921b): «La Pedriza de Manzanares. Topología de una región granítica bien típica». *Peñalara*, 95, noviembre, pp. 213-216.

²⁸ Los títulos señalados con un asterisco están reproducidos en C. Bernaldo de Quirós (2003): *Obras del Guadarrama*. Notas preliminares de Pedro Calvo, José Luis Hurtado y Eduardo Martínez de Pisón, Comunidad de Madrid/Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, Madrid (Clásicos del Guadarrama).

- GARCÍA BELLIDO, Joaquín (1921): «Razones geológicas del paisaje». *Peñalara*, 90, junio, pp. 125-127.
- (1922): «Nuestras excursiones colectivas. Doscientas personas en la Pedriza de Manzanares». *Peñalara*, 101, mayo, pp. 118 y 121-122.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco (1886): «Paisaje». *La Ilustración Artística*, v, 219, 8 de marzo, pp. 91-92, y 220, 15 de marzo, pp. 103-104. (Reproducido en F. Giner de los Ríos: *Obras selectas*. Edición de Isabel Pérez-Villanueva Tovar, Espasa Calpe, Madrid, 2004, pp. 792-801).
- GONZÁLEZ, Ramón (1918): «Tercer Salón de Fotografías de Montaña». *Peñalara*, 54, junio 1918, pp. 172-174.
- (1921): «Primer Salón Internacional de Fotografía de Madrid». *Peñalara*, 85, enero 1921, pp. 6-10.
- (1922): «Segundo Salón Internacional de Fotografía». *Peñalara*, 98, febrero 1922, pp. 33-35.
- (1923): «Tercer Salón Internacional de Fotografía». *Peñalara*, 110, febrero 1923, pp. 30 y 33-34.
- GUERENA, Jean-Louis (2005): «Imagen y memoria. La tarjeta postal a finales del siglo XIX y principios del siglo XX». *Berceo*, 149, pp. 35-58.
- HANSEN, Peter H. (1995): «Albert Smith, the Alpine Club, and the Invention of Mountaineering in Mid-Victorian Britain». *Journal of British Studies*, 34, julio, pp. 300-324.
- HERNÁNDEZ-PACHECO, Eduardo (1915): «Prólogo», en C. Bernaldo de Quirós: *Guadarrama*. Gráficos de Juan Carandell, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas Madrid (Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Serie Geológica, núm. 11), pp. 3-6.*
- (1934): *El paisaje en general y las características del paisaje hispano*. Discurso leído en la solemne sesión inaugural del curso 1934-35 el día 28 de noviembre de 1934, Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Madrid.
- HOIBIAN, Olivier (2000): *Les alpinistes en France, 1870-1950. Une histoire culturelle*. L'Harmattan, París.
- y otros (2008): *L'invention de l'alpinisme: la montagne et l'affirmation de la bourgeoisie cultivée, 1786-1914*. Belin, París.
- HUMBOLDT, Alejandro de (1874-1875): *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Vertido al castellano por Bernardo Giner y José de Fuentes, Imprenta de Gaspar y Roig Editores, Madrid, 4 vols.
- LEJEUNE, Dominique (1976): «Les alpinistes dans la société française (vers 1875, vers 1919); étude d'un groupe; étude d'une psychologie collective». *Revue de Géographie Alpine*, 64, 4, pp. 515-527.
- (1988): *Les «alpinistes» en France à la fin du XIX^e siècle et au début du XX^e siècle (vers 1875-vers 1919)*. *Étude d'histoire sociale, étude de mentalité*. Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, París.
- LOREDO, José M. (1918): «Excursión colectiva a Peñalara». *Peñalara*, 55, julio, pp. 200 y 203-204.
- MARTÍ HENNEBERG, Jordi (1994): *L'excursionisme científic i la seva contribució a les ciències naturals i a la geografia*. Alta Fulla, Barcelona.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (1999): «Sobre la identidad cultural de la Sociedad Peñalara». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 2.^a época, 34-35, pp. 107-130.
- (coord.) (2013): *100 años de Peñalara*. Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, Madrid.
- y Manuel MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ (2013): «Peñalara: ciencia y cultura», en E. Martínez de Pisón (coord.): *100 años de Peñalara*. Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, Madrid, pp. 201-226.
- MELIÁ, Juan A. (1914): «Excursiones a la Maliciosa y a la Pedriza de Manzanares». *Peñalara*, 4, enero, pp. 25-27; y 5, febrero, pp. 41-47.
- (1917): «De Cercedilla a El Escorial, por las cumbres». *Peñalara*, 39, marzo, pp. 69-76.
- MESA, Enrique de (1910): *Andanzas serranas (Por Somosierra y Guadarrama)*. Renacimiento, Madrid. (Hay reedición facsímil, con notas preliminares de Mariano Zabía Lasala, José Luis Hurtado y Carlos Muñoz-Repiso Izaguirre: Comunidad de Madrid/Real Sociedad de Alpinismo Peñalara, Madrid [Clásicos del Guadarrama], 2005).
- MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, Manuel (1992): «El conocimiento naturalista de la sierra de Guadarrama. Ciencia, educación y recreo», en J. Gómez Mendoza y N. Ortega Cantero (dirs.): *Naturalismo y geografía en España (Desde mediados del siglo XIX hasta la guerra civil)*. Fundación Banco Exterior, Madrid (Colección Investigaciones), pp. 275-345.
- (2012): «Eduardo Hernández-Pacheco y el papel de la fotografía en sus representaciones del paisaje». *Cuadernos Geográficos*, 51, pp. 53-77.
- MORTIMER, F. J. (1919): «The Year's Work», en F. J. Mortimer (ed.): *Photograms of the Year 1919. The Annual Review of the World's Pictorial Photographic Work*. Iliffe & Sons, Londres, pp. 3-7.
- NUEVOS ESTATUTOS (1915): «Nuevos Estatutos». *Peñalara*, 23, noviembre, pp. 174-177.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás (2007): «Hablar del paisaje: claves retóricas del discurso geográfico moderno», en *La Geografía en la frontera de los conocimientos*. XX Congreso de la Asociación de Geógrafos Español-

- les, Universidad de Sevilla/Asociación de Geógrafos Españoles, Sevilla, edición en CD, 12 pp.
- (2012): «Naturaleza, cultura y símbolo: la imagen de la montaña de Peñalara en el paisajismo español moderno». *Cuadernos Geográficos*, 51, pp. 96-113.
- (2013): «El excursionismo, la Institución Libre de Enseñanza y Peñalara», en E. Martínez de Pisón (coord.): *100 años de Peñalara*. Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, Madrid, pp. 177-198.
- SEGOVIA, Alberto de (1914): «La montaña». *Peñalara*, 9, junio, pp. 106-111.
- (1918): «Psicología y estética del paisaje». *España Forestal*, 37, mayo, pp. 63-64.
- SOCIEDAD PARA EL ESTUDIO DEL GUADARRAMA (1886): «La nueva Sociedad para el Estudio del Guadarrama». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, x, 236, 15 de diciembre, pp. 367-368.
- SAUSSURE, Horace-Bénédict de (1779-1796): *Voyages dans les Alpes, précédés d'un essai sur l'histoire naturelle des environs de Genève*. Samuel Fauche, Neuchâtel, 4 vols.
- VEYNE, Paul (1979): «L'alpinisme: une invention de la bourgeoisie». *L'Histoire*, 11, abril, pp. 41-49.
- VICTORY, Antonio (1915): «La Najarra». *Peñalara*, 13, enero, pp. 1-3.
- WHYMPER, Edward (1871): *Scrambles amongst the Alps in the years 1860-69. With maps and illustrations*. John Murray, Londres.
- ZABALA, José F. (1918): «Epistolario de un montañero». *Peñalara*, 50, febrero, pp. 31-36.

